

GISBERTA S. DE KURTH

POESIA

Y



LOLA
FERNANDEZ
FRESNEDA

VERDAD

EDITORES: CABAUT Y CIA - BAIRE

POESÍA Y VERDAD

Dupl-

POESÍA Y VERDAD

LIBRO DE LECTURA PARA TERCER GRADO

POR

O. R.
E. N. de E.

GISBERTA S. DE KURTH

Maestra normal y doctora en Filosofía y Letras
Profesora jubilada de Literatura, Psicología e Historia Argentina,
en las Escuelas Normales N.º 1 de Profesoras
y N.º 9 de Maestras de la Capital

Año 1936

ILUSTRACIONES DE

LOLA FERNÁNDEZ FRESNEDA

30.546



BUENOS AIRES

CABAUT Y Cía. — Editores

"LIBRERÍA DEL COLEGIO" — ALSINA Y BOLÍVAR

1934





Derechos reservados.

PROPÓSITO

HACER un libro, absolutamente original, pensado y escrito para los niños de mi patria, ha sido mi propósito. Un libro que, bajo las formas cuidadas del buen decir, tenga conocimientos que ilustren, imágenes bellas y argumentos recreativos, sin olvidar la posibilidad de colaborar con el maestro en su compleja tarea educativa, por medio de lecturas relacionadas con algunos puntos del programa y con la recordación de personajes, fechas y acontecimientos a los cuales debemos ese homenaje.

Nada ayuda tanto a la adquisición de la lectura expresiva como el manejo de la voz en la forma dialogada. Las pequeñas dramatizaciones creadas con ese objeto, familiarizarán, además, al lector con el uso de expresiones patéticas y, por consiguiente, con signos de puntuación poco usados en la prosa descriptiva.

A fin de iniciar al niño en la correlación sostenida del relato extenso, he intercalado algunos que tienen

esa condición. Pero, con el propósito de facilitar la tarea de aula del maestro, están subdivididos, a manera de capítulos breves, lo cual permitirá, en caso necesario, la lectura fragmentada del relato.

No he olvidado lo mucho que seduce a los niños el cuento de imaginación, ni sus derechos al ensueño y a la ficción, como tampoco la ventaja de fijar hechos o costumbres del pasado bajo la forma amena del relato.

En las poesías he procurado que la musicalidad del verso ayude a vencer las dificultades de su lectura y que la rima fácil favorezca la retención memorial.

Convencida de que el niño debe y puede asimilar las formas cultas del lenguaje, con las que se le hace un don de gran valor en la vida, he cuidado que la sencillez, la espontaneidad y la concisión, no excluyan las formas galanas de la expresión.

Por ser éste un libro pensado y escrito para niños argentinos tiene, en conjunto, una tendencia nacionalista y una visión que abarca todo nuestro territorio.

LA AUTORA.

ÍNDICE

Propósito	V	Arañita	42
Alegría	1	El ejército negro	46
Monólogo de la abeja	3	Serenidad	48
La casita y la casa	5	La zona templada	50
Cosas que se fueron:		Ronda a la luna (poesía)	51
Las velas	7	Inmigrantes	53
El farol	8	La montaña y el valle	56
La lámpara	9	El pleito	58
Bollitos de Tarra- gona	10	Elogio de nuestra bandera	60
La viejecita (poesía)	13	Ternura (poesía)	61
Si yo quisiera	15	Un músico aventu- rero	63
Colorina (cuento)	17	Alas	66
Trópico	23	La reliquia del tro- pero	68
El niño llamero	25	El arco iris	71
En el jardín (poesía)	27	La niña del trebolar (poesía)	73
Cosas que llegaron:		El ferrocarril	75
La electricidad	29	Tigrín	77
El telégrafo	29	La cascada (poesía)	81
El teléfono	30	Una madre	82
La radio	31	Rosa blanca	84
Monólogo del go- rrión	32	La semilla voladora	87
Una primicia histó- rica	34		
La aguja (poesía)	37		
Soledad y compañía	40		

El gaucho (poesía)	89	El tímido	127
Lo que contó un camalote	90	Un viejo veneno	131
La muerte del General Belgrano	92	La tapera (poesía)	133
Un sueño en la floresta	94	Homenaje a un prócer civil	135
Gitanos	97	A medias	137
La bandera de los Andes (poesía)	99	Tejado de flores (cuento):	
En tiempo de los peinetones:		El consejo del sabio	139
En la calle	100	La elección del pueblo	141
En la casa	102	Armonía	143
En el templo	104	Las carabelas (poesía)	145
Ceguera y luz	106	Una herencia magnífica	146
El algarrobo (poesía)	108	Las tierras blancas	147
Voz de la tierra	109	Paz (poesía)	149
Lo que dijo el cantaro	110	El juicio de la palma	150
En las sierras de Córdoba:		Tragamonedas	154
El "run-run"	113	Sarmiento	156
Crispín	116	Por un ramo de rosas	157
Un recuerdo	117	El pino y la estrella	163
Ruego del árbol	119	¡A los muertos por la patria!	165
Una carta de San Martín	121	San Francisco Solano	166
Al trabajo (poesía)	123	La diana de Mayo (poesía)	168
Las flores	125	Allá, en la colina	169



ALEGRIA

EN un país que tenía costas batidas por el mar y fronteras de montañas, valles arbolados y praderas de lino, rebaños incontables y cascadas vestidas de iris, se celebró cierta vez un torneo de resistencia. Solamente los niños tomarían parte en la prueba, y así se anunció por tierras del norte y del este, del oeste y del sur.

Clavaron en un cerrillo una bandera y marcaron el camino obligado, lleno de obstáculos. Áureas monedas se ofrecían como premio al que llegara primero a la cumbre y volviera al llano con el trofeo.

Las madres, las buenas madres de todos los tiempos y lugares, prepararon amorosas las mochilas de sus hijos. Allí el requesón oloroso, la miel rubia, las roscas de pan tibio aún de la última hornada.

Pero una madre había que, en su honrada pobreza, nada tenía que poner en la mochila de su pequeño. Mirábala con pena, cuando el muchacho, adivinando su dolor, se adelantó:

—No pongas nada. No me hará falta. Necesito

todo el hueco de la mochila. Ya encontraré con qué llenarla.

Cuando los competidores partieron, él simuló ir también cargado como los demás. Se puso a cantar y marchó sin prisas y sin descanso. Bien pronto dejó atrás a los compañeros que, tentados por el olorcillo de las alforjas, merendaban cada tres cuadras . . .

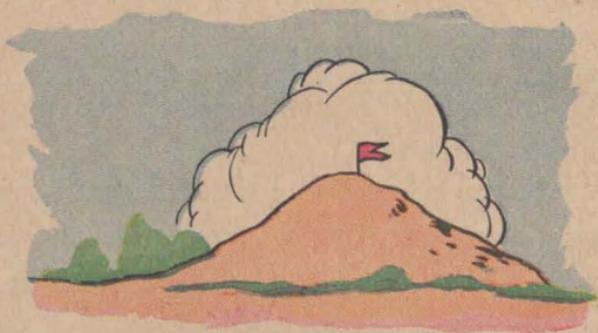
Le sobraban fuerzas cuando llegó al pie de la bandera, la arrancó y, otra vez cantando, tomó el sendero de regreso y llegó jubiloso con el trofeo de la victoria . . .

Sobre la mesa pobre relucía el oro bien ganado. La madre, ansiosa, preguntó:

—¿Con qué llenaste tu mochila, hijo?

—¡Con mi alegría, madre! ¡Si supieras qué liviana es! No se siente el cansancio del repecho, ni el sofoco del sol, ni la angustia del vado . . .

Y en otra canción de triunfo, recogió el niño la emoción materna.





Monólogo de la abeja

ZUM... zum... zum... ¡Qué cansada estoy!

Si al pasar dejara una fibrita tendida en el aire, tantas habría ya sobre este jardín que las rosas no verían el cielo.

¿Cuántas cargas conduje hasta la colmena?

No llevo la cuenta. Sé que al oír mi zumbido, apenas me he posado sobre el copete de paja de nuestra casa, aparece la guardiana con sus alas opacas y sus ojos saltones:

—¡Amiga obrera...! ¡a volar! ¡Aún hay sol...!

De nuevo me lanzo al aire y visito de prisa los cálices de las azucenas blancas y de los lirios morados. A veces, cruzo huertas sin mirarlas, pero cuando florecen las habas me cautiva su fragancia y trabajo largas horas entre sus avenidas en flor. Ha sido buena esta primavera. El néctar parece más tibio, más perfumado y... más rica será la miel.



¡Qué generosas son mis amigas! Cierto es también que les sirvo de mensajera.

—Abejita: ¿les dirás a mis hermanas de más allá de las acacias, que piensen en mí cuando estén en el baile de medianoche?

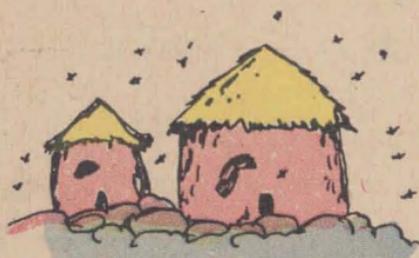
—Abejita: dile a mi madre, la mosqueta de la casa del mirador, que tengo cinco capullos más. ¡Qué contenta se pondrá la abuela!

—¡Ay, abeja! Avísale (¡despacito!) a la niña del jardinero, que ha muerto su clavel y que hormigas negras se lo llevaron...

Y yo cumplo, cumplo contenta, voy y vengo, y danzo sobre las corolas amarillas y azules. Danzo y... ¡trabajo!

¿Quién me llama...? ¡Ah, eres tú, guindo! ¡Allá voy!

¡Zum... zum... zum...!





MI casa tiene escaleras de mármol, terraza, jardín, techado . . .

—La mía es baja, chiquita, con un patio lleno de macetas.

—Yo admiro mi casa.

—Yo “quiero” a mi casita . . .

Diálogo de niños durante un recreo.

Los oye la maestra y al entrar en clase anuncia que contará un cuento que solían referir los ancianos de un pueblo antiguo, ya desaparecido.

“El dios de los dioses se casaba y, para celebrar el suceso, invitó a todos los animales que, relamiéndose por anticipado al imaginar el festín, acudieron presurosos antes de la hora fijada.

Retrasadísima, llegó la tortuga. El dios rico, fuerte, quiso saber la causa de esa demora que, a su juicio, era una desatención. ¿Qué podía haber detenido a la humilde tortuga, estando invitada a su regio palacio donde se hacía derroche de oro y de luz? Un poco violento la interpeló.



Simple y sencilla, alzó la tortuga la oscura cabeza para responder:

—¡Señor! La casa es hermosa, pero la casita es mejor . . .

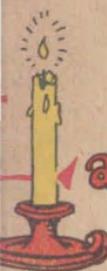
(Casita, había dicho con dulzura, pensando en la suya. ¡Estaba tan cómoda y era tan feliz en ella!)

Se irritó el dios de los dioses y la condenó a llevar eternamente su casa a cuestas. Nada le importó el castigo. Sabe, por experiencia, que es preferible vivir con pobreza en el propio hogar, a llevar una vida espléndida en el ajeno.





Cosas que se fueron



Las velas

UNICO sistema de iluminación en tiempos de la colonia, se vendían por la calle como artículo de primera necesidad. Un negrito o un mulato las pregonaban a toda voz, llevándolas en gruesos racimos atados a los extremos de un palo. Los pobres las usaban de sebo, con mecha burda, y de cera las gentes acomodadas. En las casas pudientes llenaban con ellas magníficas arañas y su llama lucía sobre muebles y repisas en ricos candelabros de plata. Ante su llama breve y vacilante, las sombras comunes se hacían gigantescas. Era un deleite para los niños crear un mundo fantástico con sólo agitar las manos sobre una pared tan débilmente iluminada.

Mejoradas en materia y aspecto, perduraron a través de todas las épocas, compartiendo con otros medios de iluminación. Hasta hace unos veinticinco años,

aún tenían los pianos candeleros labrados para sostenerlas. Y las mujeres devotas del campo y la ciudad, todavía hoy recurren a su luz sedosa para iluminar estampas sagradas . . .



El farol

FUÉ durante mucho tiempo amigo de la vela. Luego se enemistó y buscó otras compañías. Lo colocaban junto a las ventanas enrejadas, al lado de las hornacinas piadosas, en los malos pasos de una calle, pendiente de un poste, en los amplios zaguanes de antaño, en los patios caseros sombreados de naranjos.

El uso del petróleo clarificado lo desterró y lo pusieron de plantón en las esquinas. Años y años estuvo así. Después el arco voltaico y el gas lo alejaron del centro y lo relegaron al suburbio con calles sin pavimento y alambrados de enredaderas. La electricidad lo hundió irremediamente. Hace poco tiempo quitaron el último farol porteño y Buenos Aires le rindió homenaje. Su Intendente Municipal lo despidió para siempre.



ME refiero a ésa que en las casas se llamaba así, fraternalmente: la lámpara. Se apoyaba en un pie metálico, seguía un globo semitransparente lleno de kerosene, en el cual se sumergía la mecha. Un tubo de vidrio protegía la llama y una pantalla esparcía la luz en círculo sobre el mantel.

A su amparo cordial vivía la familia sus horas mejores, las horas de íntima expansión de la cena. De sobremesa, el padre leía un libro, dibujaban los niños y la madre cosía. A veces, en su claro resplandor vagaba el sueño. Entonces, las cabecitas rubias abatíanse sobre la mesa.

La lámpara era compañía. En su círculo mágico las hadas buenas hacían corro, temerosas de los rincones en penumbra . . .

La venció el pico de gas que no
fué más que un heraldo de la
gran fuerza del presente:
la electricidad.

Bollitos de Tarragona



ESA familiar, dispuesta para el desayuno. Por las ventanas, abiertas a un jardinillo, entra el sol sin estorbos de cortinajes y se refleja en la porcelana de las tazas y en las cucharillas pulidas.

María Celia bate palmas porque traen a la mesa una gran jícara llena de chocolate y frescos bollitos.

—¡Bollitos de Tarragona! ¡Qué fiesta...!

Luego queda algo preocupada y por último pregunta:

—¿De Tarragona...? ¿Por qué se llamarán así?

Todos: la madre, el padre y los dos hermanos mayores, se miran unos a otros... ¡Ninguno lo sabe! Entonces vuelven los ojos a la vieja tía Carola, que conoce muchas cosas de antaño y siempre saca de dudas a los demás.

—¡Yo sí lo sé! —dice ella satisfecha.

—¡Cuenta, tía Carola! ¡Cuenta! ¿Tienen también tradición los bollitos de Tarragona!

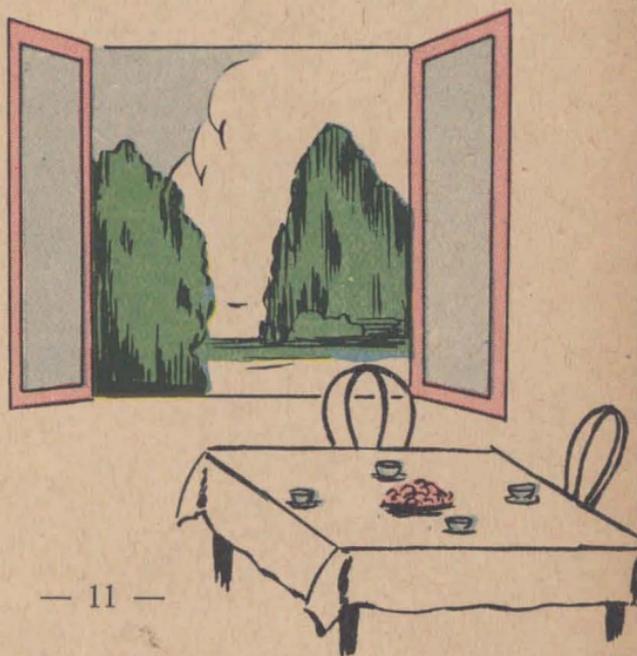
—¡Vaya si la tienen! ¡Y tan hermosa! Es un ejemplo de cómo las señoras de nuestra tierra han tenido

a mucha honra trabajar con sus manos cuando lo exigía el bien de la familia. Trabajaban con alegría, satisfechas de tener habilidad que les permitiera vivir sin pedir auxilio a extraños o parientes.

Sí, sí —continuó— tres familias muy distinguidas, una después de otra, en los años que corrieron de 1860 a 1880, aumentaron los recursos de su hogar porque sus señoras no se avergonzaron de fabricar bollitos y venderlos. Y como el buen ejemplo da ánimos a los demás, la primera que los fabricó pasó la receta a otra dama, quien, a su vez, cuando su familia salió de aprietos, obsequió con la receta a otra amiga . . .

—¡Muy meritorio! —dijo alguien— pero todavía no sabemos por qué se llaman “bollitos de Tarragona”.

—Pues, porque Tarragona era uno de los apellidos de la última matrona que los fabricó. Y un peón de la casa, al morir la señora, instaló una tienda de golosinas y bautizó a los bollitos, que siguió fabricando, con el nombre que les conocemos. Fué el homenaje de un servidor a la gran dama que no des-



deñó trabajar para contribuir al bienestar de su casa . . .

Y entre sorbo y sorbo de chocolate, la tía Carola concluyó la historia ejemplar de los bollitos de Tarragona, para contar la de otra familia que, en días de pobreza, mantuvo el decoro de su casa fabricando dulces en caldo.

—Esos ejemplos —recalcó la tía Carola— son tan dignos, que los relatan libros que nos ilustran sobre el pasado . . . Leer esos libros es nutrirse de tradiciones, que parecerán antiguallas, pero que nos dan lecciones muy sanas . . .
y, a veces, muy necesarias.



La viejecita



ABE muchas cosas
—Tantas, tantas, tantas—
Que aunque un niño cuente
No alcanza a contarlas.
Sin dientes, sin prisas,
—Mitones, gorrita—
Charla sosegada,
Se asombra, promete,
Sonríe y tiritita.
¡Es la viejecita!



Nombres de hierbajos,
Hazañas de gnomos
Y de escarabajos
De plata y de oro;



Canciones de cuna,
Romances de antaño,
Cosas de la luna
Y de Juan Bolaño.
Cuentos de taperas,
De gauchos sufridos,
De mulas cerreras,
Y guías perdidos;
De ánimas en pena,
De rondas de junio
Y de cantilenas
Bajo el plenilunio.
¡Sabe, sabe, sabe!
—Tantas cosas, tantas—
Que un pozo de abismo
Llena con su charla.
Y si le decimos:
—¡Cuenta, cuenta, cuenta!
Se asombra, se afana,
Sonríe, promete,
Recuerda, tirita.
¡Es la viejecita!



Si yo quisiera



Si yo pudiera . . . me colocaría un par de alas y sin necesidad de motores, de riesgos ni de fortuna, me iría por regiones lejanas para ver mundo.

Me detendría en ciudades populosas y exóticas, conocería sus costumbres, sus monumentos, sus museos, sus industrias, sus maravillas; escalaría montes, volaría sobre los mares, me asomaría a los lagos más bellos e iría a buscar sombra y sosiego en la frondosidad de los bosques.

Si yo pudiera tendría hermosura, agilidad, afectos, salud y riquezas. Si yo pudiera . . . ¡sería feliz!

Si yo quisiera . . . si verdaderamente lo quisiera, tendría todo eso que he deseado. Si no pudiera viajar, lo tendría asimismo sin moverme del lugar donde vivo. Dotaría a mi espíritu de alas hechas con la luz sacada de los libros que mi afán de aprender me proporcionare; alas en la imaginación con las cuales viajaría por todos los lugares del mundo, desde las playas más abiertas a la luz hasta las selvas más enmarañadas y cuya descripción hacen audaces exploradores.

Si yo quisiera cultivaría, por medio de ejercicios

saludables y fáciles, la armonía de líneas de mi cuerpo, sería sobrio y viviría higiénicamente; cuidaría mi expresión y mis maneras; sería afable y bondadoso, con lo cual me granjearía afectos; sería perseverante, emprendedor, trabajaría



con entusiasmo hasta conseguir bienestar y tendría la satisfacción sin igual de deberlo todo a mi esfuerzo.

Si yo quisiera estaría en paz conmigo mismo y con los demás y lograría con eso la mayor felicidad que, en el mundo, nos es dable esperar.

Colorina

(Cuento)

Las alas vistosas

EN cierta comarca donde todas las mariposas eran blancas, una de ellas, pequeña aún, quiso volar sobre los vergeles. Y al ver que las flores tenían hermosos colores, miró sus alas blancas y se entristeció. Le parecieron deslucidas, sin atractivos.

Volvióse de prisa hasta el arbusto donde moraba su familia, y se quejó:

—¡Madre, somos muy poco atractivos! Cuando volamos parecemos papelitos blancos... Estoy avergonzada de mi blancura. ¡Quisiera colores para mis alas!

Y Mamá Mariposa, que consentía todos los caprichos de su hija, le prometió procurarle los colorines que tanto deseaba.

Así fué cómo la madre voló al vergel y descansó sobre una rosa roja, mientras le contaba una bonita

historia aprendida en los aires. La rosa, esponjada de contento, permitió que la mariposa se llevase parte del polvillo dorado que escondía en su seno y un fragmento del más encendido de sus pétalos.

—¡Para dar unos toques de amarillo y rojo a las alas de mi hijita! —pensó Mamá Mariposa.

Y contándoles chismecillos y cuentos a las demás flores del vergel, consiguió que le dieran partículas de sus pétalos.

Mientras la mariposita dormía, la madre le adornó las alas con los colores que había conseguido en el jardín.

Maravillada quedó la hija al despertar. Fué en busca de su parentela y, después de dejarse admirar, declaró que, en adelante, se llamaría Colorina.

Ufana, voló lejos, hacia los jardines, para asombrar a las flores y darse tono ante los insectos y los pájaros.

Mamá Mariposa, que hasta entonces la había contemplado llena de felicidad, sintió miedo:

—¡Hija! —gritó— ¿Adónde vas?

Pero Colorina, trastornada de júbilo y orgullo, no la escuchaba. Llena de petulancia se iba lejos, cada vez más lejos. Y cuando se sintió satisfecha porque había dejado



rígidas de admiración a las flores, voló y voló en busca de nuevos admiradores.

En tanto, Mamá Mariposa, afligida, se lamentaba de su debilidad y, entre lágrimas, se acusaba:

—¡Yo tengo la culpa si no vuelve mi pequeña! ¿Por qué consentí en darle alas vistosas sin aconsejarle antes qué uso debía hacer de ellas? ¡Se ha mareado!

Peligros de la audacia

RAZÓN tenía Mamá Mariposa en temblar por la suerte de Colorina. Mientras ésta voló por los jardines y las praderas, los elogios de los arbustos, de los pájaros y de las flores, la hicieron olvidar todo cuidado. Mas, cuando la zona de los jardines acabó y faltaron plantas donde descansar, se dió cuenta de su audacia. Casi desfallecida siguió volando con la esperanza de encontrar un refugio... ¡Nada!

Por último, cayó cerca de un pantano. Al verse sola, gritó:

—¡Madre! ¡Ven en mi busca!

Un sapo se le acercó.

—¡Vente conmigo! —le dijo— Me gustan tus alas de color. Abanicarás con ellas las aguas estancadas, cuando yo te permita volar sobre el pantano.

Horrorizada, Colorina hizo un esfuerzo enorme y voló de nuevo para escapar del sapo.



Fatigada, cayó sobre un camino, con tan mala fortuna que fué a dar de frente a un alacrán.

—¡Qué bella! —dijo éste admirado— ¡Anímate! Es la primera vez que elogio algo, pues todo lo encuentro mal y todo lo enveneno. Pero eres tan linda, son tan lucidos tus colores, que te elijo para compañera. Quizás, al saber que tú me acompañas en la vida, la gente me juzgue algo mejor . . .

Colorina se desmayó de miedo. Y el alacrán la fué empujando, poco a poco, hacia su guarida.



El auxilio materno

MAMÁ Mariposa decidió salir en busca de su hija. Preguntó a los árboles, a las flores y a los pájaros si la habían visto pasar. Todos fueron amables y le dieron útiles indicaciones.

Orientada por tan amables amigos, llegó muy cerca del lugar donde había caído Colorina, en el momento en que ésta, vuelta de su desmayo, se sentía empujar por el horrible alacrán y, desesperada gritaba:

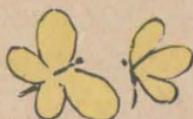
—¡Madre! ¡Socórreme!

Oyó Mamá Mariposa a su hija, y voló hasta encontrarla. Terrible le pareció el peligro en que estaba. Entonces, sin vacilar, sin miedo a la ponzoña del alacrán, tendió sus alas blancas sobre Colorina para protegerla.

El alacrán, admirado de aquella madre que desafiaba su cruel picadura y su veneno, por primera vez sintió respeto y piedad por alguien. Dió media vuelta y . . . se alejó.

Mamá Mariposa colocó a su hija sobre su blando dorso y, a todo volar, la llevó al tranquilo rincón de los arbustos.

—¡Madre! —imploró Colorina—. Quítame estos



colores con los que he sido tan desgraciada. Quiero volver a tener alas blancas, blancas . . .

—Difícil será. Pero ¡yo lo conseguiré! —dijo Mamá Mariposa.

Y lloró tanto y tan sinceramente sobre las alas de su hija al recordar los peligros que ésta había corrido, que los colores desaparecieron. Sólo resistió una manchita azul que deslucía algo la blancura del conjunto, y que Colorina se resignó a llevar como una advertencia de los peligros de la petulancia.



Trópico

Es el reino del sol. Sus rayos queman las tierras llenas de verdor y las hacen más pródigas aún. Los árboles profusos atraen con frecuencia las lluvias que sacian la sed de los campos.

Sol y humedad. Las ramas, plétoricas, se hinchan; los troncos se robustecen y por entre hierbas casi gigantescas las palmeras cimbreantes mueven el abanico lento de sus hojas.

Se enroscan los tallos; su propio vigor los agobia y se apoyan unos en otros; la maraña intrincada forma espesa alfombra en los claros; las flores son de rara hermosura y los frutos olorosos, dulcísimos.

La selva, el bosque, la tierra de cultivo son exuberantes, pomposas, prósperas como soñadas. Hasta tres cosechas se levantan cada año.



Miríadas de insectos bullen en la espesura; serpientes y víboras tienen allí guarida y, a veces, también se hospedan la alimaña feroz o el inofensivo roedor.

El calor enervante limita la acción del hombre: su trabajo, en medio de esa naturaleza dadivosa, se restringe. Más que cultivador es recolector. Lo prueban la explotación de los quebrachales, de la yerba mate y los naranjos silvestres del norte argentino.

Una buena extensión del país está dentro de la zona cálida y en ella nos regala el trópico junto con la belleza triunfal de sus paisajes, la inmensa riqueza de su producción incesante.

El niño llamero



LA montaña del norte es seca y desnuda. No tiene manto de hierba, ni vestidura de plantíos. Los cardones solos, diseminados, guardan como centinelas el silencio. Batida por los vientos, blanqueada por las nieves es como una madre india que se hizo de piedra y se quedó en éxtasis mirando a los cielos.

El niño que guía a las llamas la conoce, la ama y la comprende. Nació en ella y tiene los ojos acostumbrados a su grandeza y al vértigo de sus pendientes. Sabe sus caminos, sus vericuetos, sus pasos fáciles, sus aguadas.

Ha visto sus fiestas, ha escuchado su música, y los aires cerreros, pegadizos, se le quedaron en el oído. Por eso, el niño llamero silba de continuo.

Las llamas, dóciles, se le adelantan por la senda. Caminan, caminan, caminan...

Vienen de lejos, desde un rancho que quedó muchas quiebras atrás.

—Padre estará cargando sal —piensa el chico— y

madre estará tejiendo, tejiendo el poncho blanco que me prometió...

Ese que lleva es oscuro como la tierra, con borde rojo y está lleno de remiendos. Pero el otro...

—Blanco, blanco, todito blanco... ¡Más lindo será!

Silba el niño llamero. El pueblo aun no se divisa. ¿Cuánto faltará? ¡Qué importa!

Caminan, caminan, caminan...



En el jardín



ON las alas abiertas
como brazos en cruz,
sobre un lirio extendida
la libélula está.
Ha dejado la vida
en la cándida flor
que le dió su corola
para el sueño final.
—¿Sabes, tú —le pregunta
la amapola al clavel—
por qué al lirio ha escogido
la elegante libélula
al sentirse morir?
—Me parece saberlo
—le responde el clavel—
Yo he oído el elogio
que le hiciera al pasar
en la tarde de ayer.
Alabó su blancura,





su esbeltez, su pureza,
y le envió con las alas
un mensaje cordial.
La amapola, celosa,
replegó su corola
y en silencio quedó.
El clavel, generoso,
dulce aroma exhaló
y en las alas del viento
su fragancia exquisita
hasta el lirio llegó.
Ése fué el homenaje
de una flor a otra flor
que meció en su regazo,
con arrullos de paz,
a la airosa libélula
en su sueño final.



Cosas que Llegaron



La electricidad

MAGA moderna, todo lo mejora, lo perfecciona, lo enaltece.

Multiplica el esfuerzo del hombre hasta el infinito, mueve máquinas, motores, ilumina, arrastra largos convoyes, perfora montañas, horada los terrenos minerales, hace sonar los carrillones, maneja relojes y . . . cura el músculo enfermo y fatigado. En su poder descansan las tres nuevas maravillas: el telégrafo, el teléfono, la radiotelefonía.

El telégrafo



POR un camino de alambres sostenidos por postes que en vida fueron tal vez cedros o palmeras, van los signos telegráficos. Un hombre diestro, sentado

frente al aparato trasmite los despachos y otro los recibe a la distancia, con rapidez de segundos. En un papel leve, con trazos azules, nos presentan el mensaje inesperado, traducido ya a nuestra palabra. Alegría, esperanza, dolor, amistad. Todos los sentimientos humanos vibran en los hilos tirantes donde suelen celebrar los pájaros sus tertulias crepusculares.

Las paralelas oscuras de ese pentagrama proclaman y eternizan la gloria de Samuel Morse, inventor.



El teléfono

No ya el mensaje escrito sino la palabra, la propia voz humana, con sus matices de emoción, busca nuestro oído para confiarse. Un timbre claro llena la casa con su son de plata. Basta descolgar el auricular para conocer la noticia, el pedido, el comentario de alguien que bien puede estar en la casa vecina, en una provincia lejana o... ¡en otro continente! La red alámbrica, aérea o subterránea, que lleva la voz, patentiza la despierta inteligencia del famoso Graham Bell.



LE simplificamos el nombre —radiotelefonía— a fuerza de verla simple. Una estación trasmisora —alta torre sensible— lanza al aire la palabra clara o la armonía musical, y las ondas etéreas las llevan a todas partes . . . Son captadas instantáneamente por los aparatos receptores. Los altoparlantes, pregoneiros incansables, las difunden.

Con la radio el mundo se hizo pequeño. No hay longitudes en la tierra, ni anchuras en el mar. Los barcos tienden a las márgenes esa fibrilla invisible que se traduce en confiada tranquilidad para todos y hasta aviones nos describen sus rutas por el azul, gracias a ella, como si nos mandaran un poquito de cielo.

Monólogo del Gorrion



DESDE una rama de paraíso, habla el simpático callejero:

—Me llaman vagabundo porque no me resigno a vivir enjaulado. Soy de los pájaros ciudadanos el más amigo del hombre. Me acerco casi hasta su mano, me detengo en su ventana y miro con curiosidad hacia el interior que me es familiar; patino en las azoteas en torno de las mujeres que tienden ropas o podan sus malvas fragantes.

—En las chimeneas, en los caños de sombrerete gris acomodo mi habitación que también es de Mamá Gorriona y de la prole bullanguera. Me veis por las calles céntricas y por las afueras. Estoy acostumbrado a los bocinazos de los automóviles, al ruido de arrastre de los tranvías y a la calma soñolienta de las siestas de barrio.

—Cuando escasean las semillas y los hijos se ponen a chillar previendo un almuerzo deslucido, voy volando —¡naturalmen-





te!— a una playa de descarga del ferrocarril urbano. Abundan allí los granos dorados de trigo y las cabecitas de mijo y de cáñamo que vierten las bolsas rotas. A veces, hay que disputárselas a las palomas ladronas que viven en la estación y tienen un buche insaciable. El puerto es nuestro país de Jauja. Nos atropellamos por seguir a los cargadores que desfilan delante de un hombre que pincha con un hierro cada bolsa —dicen que para evitar el contrabando— pues de cada punzazo brota un chorrito de semillas. Mi pueblo medra allí: mi raza se ha hecho innumerable.

—Todo el aire de la ciudad lo he tijereteado con mi vuelo a ras de los techos. Adoro a Buenos Aires y soy una de sus características.

—De España trajeron a mis tatarabuelos a fines del pasado siglo. Ellos fundaron —prolíficos— nuestra república de pájaros libres en tierras del Plata.

—Ando de un lado para otro, engordo, y me resisto a la jaula. Me llaman vagabundo porque amo la libertad. ¿Acaso el hombre, mi amigo, no lucha con todas sus fuerzas por conservar la suya?

—Ahí viene un chico, con una honda. ¡Adiós, amables oyentes!



Una primicia histórica



CORRÍA el año 1813. En una casa de la calle del Empedrado (hoy Florida) acentuábase por momentos la animación habitual. Entraban a menudo criadas negras portadoras de bandejas de confituras y, de rato en rato, deteníase frente a su portal algún vetusto carruaje del que descendían damas elegantes y caballeros. Uno que otro joven solía llegar a pie, relucientes los zapatos, impecable la alta galera gris. En el interior aumentaba la iluminación; se oían risas y música.

La casa era la de doña Mariquita Sánchez de Thompson, prestigiosa dama porteña cuyo salón recibía a la mejor sociedad de la época. Patricios, políticos, militares, sacerdotes.

Brillaba la sala. Sedas y tapices de pálido tono amarillo relucían bajo la magnífica araña de plata bruñida cuya luz jugaba sobre las consolas antiguas y pulía las lunas de los espejos.

Se hablaba animadamente. La conversación general coincidió en un tema de grandísimo interés: el encargo que hiciera la Asamblea General de escribir un

canto patriótico a dos poetas allí presentes: Fray Cayetano Rodríguez y Vicente López y Planes.

El joven Esteban de Luca, muy emocionado, advirtió a los contertulios que tenía en su poder el manuscrito de la canción que presentaría López y Planes. Lo rodearon todos y las damas, encabezadas por la dueña de casa, le exigieron donosamente que la hiciera conocer a la reunión, a pesar de las gentiles protestas de Don Vicente. Juzgaba éste que la Asamblea debía conocerla antes.

Con precisas palabras, de Luca contó cómo el poeta, que había asistido noches pasadas a la Casa de Comedias, salió del teatro repentinamente inspirado y cómo, en un momento de entusiasmo, había escrito aquellas estrofas.

La concurrencia escuchó, con silenciosa emoción, los vibrantes versos. Entusiastas aplausos coronaron la lectura y, entre vítores y felicitaciones, las portañas enjugaron patrióticas lágrimas. El músico español, don José Blas Parera, sentóse al clavicordio y arrancó la música solemne que acompañaría los versos que habrían de ser históricos y sagrados. Y en tanto que se hacía círculo en torno de Parera, se desarrollaba, en el mismo salón, una escena memorable: Fray Cayetano Rodríguez rasgaba el manuscrito de su obra, que debía competir con la de López, y abrazaba a éste con sincero afecto.

El 11 de mayo de 1813, la Asamblea proclamó ese

canto como himno de la patria, y el 25 del mismo mes se cantó por primera vez en público, en la Casa de Comedias.

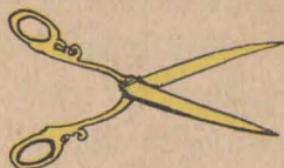
Para el salón de doña Mariquita, esa primicia fué su gloria mayor.

La aguja



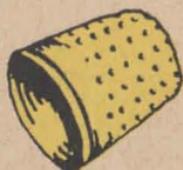
HIQUITA, brillante,
Graciosa, pulida,
Juega en el regazo
De una madrecita.
Charla con el hilo,
Con las tijeritas,
Se esconde en un pliegue . . .
—¡Aguja no está!
¡Se fué ya!

Ceñudo, severo,
Palpando la tela
La encuentra el dedal.
La topa, la empuja
Con prisa constante



Y en ritmos iguales
La obliga a marchar.

—Aguja, agujita,
Graciosa y pulida:
¡Hay que trabajar!



Trabaja, trabaja,
Se oculta, se luce,
Con ojo enhebrado,
Con punta sutil.
Y forma calados
Y hojitas de rosa
Alforzas, vainicas
Y puntos sin fin.
—Aguja, agujita
Vano es el charlar . . .
Con cara de acero
Picada de hoyuelos
La cuida el guardián.
Como antes la aguja
Querría gritar:
—¡Aguja no está . . .!
¡Se fué ya!





De pronto las manos
Rematan un nudo,
El nudo final.
—Ropa de mi niño
Nuevecita y blanca
terminada estás . . .
Manos de la madre
Llévanse al guardián.
La aguja descansa . . .

¡Se acabó el bailar
Arriba y abajo
Con firme compás!
Descansa su cuerpo
Que la lengüecilla
Moviéndose está.
—Hilo azul, tijeras,
Carretes y cintas,
¡Vamos a jugar . . .!
Y a poco en la cesta,
Sobre una ventana
Su voz agudísima
Se escucha encerrada:
—¡Aguja no está!
¡Se fué ya!



Soledad y compañía



A soledad amedrenta al hombre. Éste, necesita vivir en compañía de sus semejantes para desplegar su actividad y su inteligencia, para ennoblecer su vida por medio del trabajo.

En los terrenos de pastoreo, en la ladera de la montaña fértil, en las proximidades de la selva, levanta su casa rudimentaria. No tarda en unírsele otra y otra más: se ha formado el caserío.

A poco, otras familias traen su aporte. Cercos de cañas dividen los predios circundantes. Bandadas de palomas trazan círculos en el azul y canto de gallos y de segadores anuncian el alba. Se abren los caminos . . . Es la aldea.

Con sucesivos contingentes la población se multiplica y se esparce. Así se forma el pueblo: lo delatan su plaza circular, sus calles delineadas, la torre de su iglesia, el edificio de la Municipalidad. Muy cerca ya va llegando un camino de hierros paralelos. Gozosamente, suena un martilleo bajo un

galpón de zinc: están construyendo la estación ferroviaria.

Emparejan la carretera y encauzan el río cercano. Oríllanlo los postes telegráficos que apuntan al cielo como si lo pusieran de testigo en esa empresa tenaz de progreso.

Insensiblemente, se marca la fisonomía de una gran ciudad. Chimeneas de fábricas, teatros, escuelas, palacios.

Por la vía fluvial llegan lanchas y vaporcitos cargados de pasajeros y mercancías. Hay sobre los techos antenas radiotelefónicas y en las calles un tránsito nutrido. El hombre piensa, ejecuta, triunfa.

Se cansa también. Y entonces necesita la soledad, la comprende y la valora. Una temporada de campo, de mar, de montaña, lo vigoriza, lo rejuvenece y le infunde el optimismo que requiere su fecunda labor.



Arañita



MAMÁ Julia y Mamá Rosa eran dos señoras setentonas, abuelas de una nieta única a la cual ambas llamaban Mijita.

Cuando la niña quedó huérfana, la abuela materna —Mamá Rosa— quiso quedarse con ella; pero la abuela paterna —Mamá Julia— se la disputó. Entonces tomaron una resolución muy hermosa: vivir juntas en la mayor armonía y preocuparse por el bienestar de la nieta.

Como eran pobres, solicitaron trabajo y lo obtuvieron. Por eso se las veía tejer sin descanso.

Un día sucedió algo extraño: las agujas de Mamá Julia desaparecieron y no fué posible encontrarlas; los ovillos de lana que Mamá Rosa había devanado, también desaparecieron de la cesta. Fué necesario comprar otras agujas y nuevos madejones.

Al día siguiente Mijita volvió de la escuela con señales de haber llorado. Las dos señoras, afligidas, le averiguaron la causa; pero la niña nada quiso confesar.

Esa misma tarde Mamá Rosa, que observaba disi-

muladamente a su nieta, la pilló en el momento en que ésta sacaba del cesto de labores dos ovillos de lana.

—¿Qué haces, Mijita? ¿Eres tú quien se lleva las agujas y la lana? . . . ¿Es posible? . . .

La niña sorprendida, se echó a llorar.

—¿Por qué, Mijita, no nos has pedido lana y agujas? ¡Te las hubiéramos dado! . . .

—¡No, no! ¡No quiero nada de eso!

—Entonces ¿por qué te lo llevas? . . .

—Porque no quiero que ustedes tejan más . . . ¡no quiero!

—¿Por qué, Mijita? —preguntó Mamá Julia, que en ese momento llegó, afligida, al oír llorar a su nieta.

—Porque todas las chicas de la escuela me llaman arañita . . .

—¿Arañita . . . ?

—¡Sí! Dicen que mis abuelas son dos arañas que se pasan el día tejiendo . . . y a mí me llaman arañita.

Las dos ancianas se miraron consternadas. No era posible complacer a Mijita. Ellas tenían que tejer para ganar el pan, los vestidos, el bienestar de su nieta. Tranquilizaron a ésta como pudieron y lograron que olvidara su preocupación relatándole un lindo cuento.

¡Día domingo! Tibio, luminoso.

Mamá Julia invitó a Mijita a dar un paseo. La condujo a una hermosa quinta de los alre-



dedores de la ciudad, que ella conocía muy bien por pertenecer a una vieja amiga.

Con toda intención llevó a la niña a un lugar donde crecía un grupo de arbustos, entre cuyas ramas podía verse un bellissimo espectáculo. Iluminadas por el sol, que las hacía relucir, finísimas y grandes telas de araña parecían tapices hechos con hebras de luz.

Mijita quiso tocarlas, pero su abuela se lo impidió.

—¡Cómo brillan! —exclamó la niña— ¡Si pudiera llevármelas!

—¿Qué harías con ellas?

—Las colocaría como cortinajes en la puerta de mi casita de muñecas . . .

—Destruiríamos el palacio aéreo de las arañas, que ellas cuidan y restauran con tanta paciencia. ¡Quién tuviera la habilidad de las arañas! Me enorgullece que a mí y a Mamá Rosa nos llamen arañas. Quiere eso decir que somos trabajadoras, pacientes, habilidosas. ¡Alégrate, Mijita, cuando te llamen araña y diles a las perversas que así te nombran, por qué te enorgulleces tú también con el mote!

Mijita nada respondió, pero estuvo alegre todo el día.



Rompieron filas las alumnas al llegar al patio de recreo.

Hasta el grupo donde jugaba Mijita, se acercaron dos niñas mayores y, después de codearse disimuladamente, le preguntaron burlonas:

—¿Estás contenta, arañita?

—¡Contenta, contenta, contentísima! Sobre todo porque me llaman arañita. Eso significa que soy habilidosa, lista, trabajadora... ¿Lo entienden?

Y de un brinco Mijita se incorporó a la ronda, donde sus compañeras cantaban, acompañándose de graciosos movimientos imitativos:

Así, así, tejen las tejedoras...

Así, así, bordan las bordadoras...





El ejército negro



AS moscas forman un ejército negro, un ejército incansable, cuyas bajas se llenan inmediatamente. Sus nutridos escuadrones se desbandan al encontrarse en la casa del hombre. Pero cada soldado de ese ejército tiene una consigna que cumple con diabólico entusiasmo, con verdadera tenacidad. Sus evoluciones trazan en el aire extraños mensajes de muerte. Todo lo contamina su impureza. Se regocijan entre los vertederos de residuos, y luego se posan en el borde del vaso de leche que beberá el niño. Se detienen con deleite en las mataduras de los animales, y luego transitan con indiferencia sobre el pan, las verduras, los objetos de uso habitual. Efectúan por ese medio una espantosa siembra de microbios que transmiten terribles enfermedades.

Tú las has visto: presumen de limpias; se acicalan minuciosas; restriéganse las patas delanteras una con otra; se dan toquécitos en la cabeza y se alisan las alas.

No las creas: están mintiendo. Esas son sus artimañas de soldados destructores: así se despojan de su carga de gérmenes nocivos que esparcen por todas partes.

Destruir sus huevos, sus larvas, es hacer obra humanitaria, evitar grandes males a la salud pública. La limpieza y la desinfección son sus enemigos mortales.

Acudamos a ellos para librar-
nos del ejército negro,
del ejército fatal
de las moscas.

Serenidad



SER sereno, saber dominar sentimientos e impulsos en el momento oportuno ¡qué difícil y qué necesario es!

La falta de serenidad hace más terribles las catástrofes. Lo prueban continuamente los incendios, las inundaciones, los naufragios. Por eso la serenidad se alaba siempre como una virtud. Y lo es realmente.

En la noche del 23 de diciembre de 1872, el fuego hizo presa del vapor "América" que iba en viaje a Montevideo. Los pasajeros se disputaban los salvavidas o, enloquecidos de terror, se arrojaban por la borda a una muerte más rápida.

El señor Röhl, comerciante alemán radicado en Buenos Aires, viajaba con tres hijos suyos, el mayor de los cuales contaba apenas diez años. Había logrado sacar de su camarote los salvavidas de los niños y se los colocó con toda calma. Agrupólos luego en un lugar conveniente para su propósito, y habló así al hijo mayor:

—¡Escucha bien! Yo me arrojaré al agua a fin de estar allí para recibirlos y protegerlos. Cuando reaparezca en la superficie me arrojas a tu hermanito, luego a la nena y por último . . . ¡te arrojas tú!

En tanto se oían gritos, lamentos, plegarias. Las llamas, voraces, avanzaban.

Tal como lo ordenó el padre sereno y valeroso, cumplió su mandato el hijo obediente.

A poco, se vió luchar con el vaivén del agua a un hombre cuyo mayor cuidado era mantener unidos a su alrededor tres niños. Así, gracias al sereno y continuado esfuerzo que desplegó para no rendirse al cansancio, el señor Röhl pudo esperar que los recogieran los botes del vapor "Villa del Salto", que practicaba el salvamento.

Si en esa hora trágica que ensombreció la historia de la navegación en el Río de la Plata, otros hubieran tenido la serenidad y firmeza de aquel padre y de aquel niño ejemplares, se habría conjurado en gran parte aquella terrible catástrofe que apagó tantas vidas útiles y amadas.

Alabar la serenidad es justicia.

Llegar a poseerla es una perfección del espíritu.

La zona templada

N i ardores de estío sin término, ni hielos perennes. Todo a su tiempo: frío soportable en los inviernos y llevadero el calor en los veranos. La naturaleza, ni avara, ni derrochadora, es de un equilibrio perfecto. Da lugar a que el hombre trabaje en condiciones propicias y le ofrece la satisfacción de ver el florecimiento de su propia obra. Siembra, defiende su sembrado, espera, antes de cosechar. Tiene una ley este clima: la actividad. Como no hay sopores de trópico ni entumecimientos prolongados, las fuerzas humanas se esparcen en procura de expansión: las minas, los cursos de agua, las costas, las llanuras, las faldas de las montañas, las ciudades, las atraen y centuplican.

Los bosques, más ralos, permiten una explotación más fácil y la feracidad del suelo bien regado se traduce en abundancia. Pastos, cereales, maderas, frutales...

Nuestra patria tiene su área mayor dentro de esta zona. A ello debemos una ventajosa posición en el mundo productivo y, por esa benignidad de su clima y de su suelo, los extranjeros suelen llamarla "tierra de promisión".



Ronda a la luna

Es un corro de niñas
el que canta a la luna,
y en el centro del corro
representa una de ellas
a la luna en persona.

Las que giran en ronda el secreto conocen
de la luz que el satélite generoso derrama,
y en un ritmo ligero indiscretas le cantan
con sus voces vibrantes y un tonillo zumbón:

Luna lunera,
cascabelera,
brillas plateada
con luz prestada.
Luna, lunera,
cascabelera,
si el sol se irrita
y su luz te quita
nada valdrás,
pues muerta estás.

La que en medio del corro ser la luna simula,
deja oír su respuesta saturada de amor,
y con dulce cadencia gira alzando los brazos
cual si un rítmico anhelo de elevarse a los cielos
diese impulso a su danza y a su cálido hablar:

—Ser digna de la grandeza
del sol, es todo mi anhelo;
transfigurar la belleza
de su fuerza en suavidad
y la noche en claridad;
darme al mundo como un velo
de poética hermosura,
ser silencio, ser dulzura,
ser un símbolo en el cielo
de que, muerta, aun puedo dar.

Las que giran en ronda se detienen, suspensas.
Sus palabras hirientes se convierten en miel,
y con trémulas voces y miradas afables
sustituyen la burla y el tonillo zumbón:

Luna, lunita,
buena y bendita,
reina en el cielo
y envía al suelo
tus resplandores.
¡A ti, loores!
Luna, lunita,
buena y bendita.

Inmigrantes



AVANZA a pleno sol un trasatlántico y pasa la zona portuaria.

Afanosos, los pasajeros de tercera clase, lían envoltorios, hablan nerviosos, se agrupan, van y vienen.

Son los inmigrantes... Allí, el recio pastor de la llanura húngara, el leñador ruso, el labrador italiano, el jornalero español... Hombres de todos los países de la tierra, que se alejan de su patria con un nombre de plata grabado en la frente: "¡Argentina!"

Un hombre lleva a su hijo hasta la borda y le enseña, nombrándolas, las banderas izadas en los mástiles. Alguien, satisfecho y confiado, se mira los puños de trabajador forzado; el de más allá recuerda con angustia la acogida menos cordial de otro puerto; no falta quien saluda con rezos la aparición de la tierra soñada.

Una mujer con un niño en los brazos y otro pegado a sus faldas, se da vuelta para mirar una vez más

la lejanía, como si quisiera divisar la patria que dejó y los seres queridos que la despidieron: la madrecita vieja, los hermanos que prometieron seguirla algún día para probar ellos también fortuna. El chiquillo mayor, le pregunta:

—Madre ¿vendrá la abuela en otro barco? ...
¿Vendrán los tíos?

—Sí, hijo, vendrán . . . ¡Si Dios quiere!

En su voz hay amargura, desesperanza. Mas, al ver cómo el pequeño que lleva en sus brazos se agita alborozado y tiende las manecitas hacia la tierra que los espera, la madre cree ver en ese contento una buena señal. Y su mirada se anima, y sus labios besan la redonda mejilla de su hijito.

—¡Sí! ¡Vendrán! —exclama— ¡Dios ha de quererlo!

Pronto sonará la hora del desbande, cuando sea puesta la escalerilla y pisen la calle que les abrirá camino hacia el futuro. Los cobijará primero el Hotel de Inmigrantes o la casa pobre del pariente. Después irán a las pampas, a los algodonales, a las colonias entrerrianas, santafecinas o cordobesas, a los obrajes chaqueños, a la



planicie patagónica. El trabajo es la esperanza y el porvenir de todos ellos...

Y los hijos de los inmigrantes que llegaron con un nombre de plata grabado en la frente, dirán su esperanza y su orgullo con la palabra magnífica que pensó el poeta:

“¡Argentino! ¡Argentino!
no! ¡Argentino!”

La montaña y el valle



LA montaña estaba orgullosa porque a su cumbre la doraba el sol más tiempo que al valle.

También se envanecía porque las nubes la rodeaban y los cóndores y las águilas prendían en ella sus nidos. Por eso se daba aires de soberana.

El valle, que se extendía al pie de la montaña, parecía estar siempre alegre. Los arroyos que surcaban su suelo al correr le cantaban: —“Bajamos de la montaña para fertilizarte porque eres hospitalario y bueno, porque eres tierra de reposo y de abundancia . . .”

Un día la montaña se dignó hablar con el valle. Y desde la cima dejó oír su voz:

—¡Admírame, valle! Soy elevada, soy majestuosa y domino desde mi cumbre las distancias. ¡Envidíame, valle!

Y, risueño, el valle le contestó:



—Te admiro porque eres grande y fuerte, mas no te envidio. Dominas las distancias, es verdad, pero no las disminuyes como yo, que permito a los hombres transitar por mis caminos con facilidad. Te acercas algo más que yo a los astros, pero . . . ¡estás aún tan lejos de ellos que de nada te vale esa ventaja! Eres alta y áspera. Yo soy llano y amable. Las nubes son para ti niebla densa que pasa . . . Yo las veo dotadas de formas cambiantes, embellecidas, iluminadas. Las águilas y los cóndores que en ti anidan son poderosos, pero te salpican con los sangrientos despojos que sus crías necesitan. ¡Las aves que a mi amparo viven, cantan y trinan!

¡Te admiro montaña,
pero no te envidio!





El pleito



ERA la hora de la siesta. Las chicharras prolongaban su canto monótono y, lejos, se oía el cloquear de las gallinas. Una dulce paz soñolienta descendía a la casa de la sierra. Sentados en sendas hamacas, en el corredor de la galería, los mayores se habían quedado dormidos, menos el abuelo que se entretenía con su pipa; yo escuchaba a los dos niños que discutían sobre la posesión de un zorrillo cazado en el cepo que ellos dispusieran la tarde anterior.

—A ver, amigos, si les pasa lo que a los Varas...

—¿Qué les pasó, abuelo?

Las caritas serias no perdieron sílaba del relato.

“Vivían por allí cerca, en los alrededores de Cosquín. Tenían fama de tozudos y enredadores; eran entre sí parientes y sus campos lindaban; pero no se hacían favor si no mediaba pago. Uno, era dueño de un burro forzado, capaz de levantar buena carga y, en cierta ocasión, se lo alquiló al pariente para conducir fruta al pueblo. El alquilador tenía que hacer el mismo camino y, como el calor era sofocante,

en cada una de las continuas paradas, buscaba para cobijarse la sombra del asno cargado.

Protestaba el otro diciendo que, puesto que había pagado lo convenido, le correspondía a él esa ventaja, y el otro alegaba que había alquilado el animal pero no su sombra.

De las palabras airadas pasaron a los denuestos y pronto hicieron hablar los puños. Largos minutos se les fueron en la pelea. Cuando los separaron, jadeantes y rendidos, volviéronse hacia el pollino, causa inocente de la disputa. No estaba. Buen rato hacía que, con su carga olorosa, había tomado por un atajo en plena libertad.

Nunca más lo vieron. En los ranchos se reían cuando los dos torpes se acercaban a preguntar si habían visto un burrito oscuro con una cruz en el lomo . . .”

Los niños comprendieron. Y disimuladamente, fueron a ver al zorrillo preso.

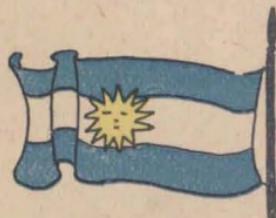
Elogio de nuestra bandera

¡PASO a la enseña de los libres! A la enseña que nació en las llanuras que el Paraná adormece con la voz milenaria de su canto guaraní, y se remontó luego sobre la cordillera para mostrar al mundo su trayectoria triunfal de libertad.

¡Blanca y azul! Protectora de héroes, de pensadores y de ciudadanos libres, a cuya sombra se está forjando una argentinidad vigorosa; bendecida por todos los hombres de buena voluntad que, esparcidos ayer por la tierra, a su amparo juntan ahora su esfuerzo de trabajadores.

¡Bandera de Belgrano, de San Martín, de Rivadavia, de Sarmiento! ¡Evocadora de nuestras victorias! La pureza de tus colores, que son trasunto del cielo diáfano y de las blancuras del honor, pregonan tu nobleza.

Bandera de mi patria: porque eres síntesis de gloria y promesa de solidaridad entre hermanos, te aclaman y reverencian los niños argentinos.



Ternura



SE ha sentado la hermana mayor
en la silla bajita;
en la silla que el padre ha comprado
para el hijo menor.
El chiquillo se acerca enfadado;
pero al ver que su hermana lo invita,
con fraterno ademán,
a ocupar su regazo,
se ilumina su fresca carita
y se acerca buscando el abrazo
de la hermana mayor,
que reemplaza a la ausente mamita
y lo arrulla, lo besa y le cuenta
cierta historia de un niño que inventa
la manera de hacer un muñeco
que regala juguetes y dulces
a los chicos que duermen sin luz.

Se endereza encantado el chiquillo
y el asombro le agranda los ojos
en que brillan antojos:



—¡Para mí esos lindos regalos!
¡Para mí, para mí,
Que me duermo de noche sin luz! . . .
Y la hermana lo abraza de nuevo
y al oído le dice que “sí”.

¡Con qué mimo se deja el pequeño
arrullar por su hermana mayor!
Poco a poco, a sus ojos el sueño
baja en dulce sopor,
y la hermana lo mece y le canta,
con paciencia de santa,
las canciones de cuna que otrora
le enseñara su buena mamá.



Un músico aventurero

N

ACIÓ en una cueva diminuta entre los raigones de un sauce. Muy quieto se dejó estar allí hasta que una luz rara iluminó el hueco tibio. Dió un salto. asustado, y se encontró sobre la tierra, bajo el sol. Era un claro día de verano: cielo puro y grandes nubes errantes. Corrió un trecho y se ocultó entre la maleza. Allí ensayó su violín nuevecito. ¡Qué bien sonaba entre las hojas! Pasó una libélula y lo saludó:
—¡Buen día, amigo grillo!

Una hormiga dejó en el suelo el tallo que transportaba, para comentar:

—¡Linda, su canción, señor grillo!

Y un cordero rizado que venía comiéndose los brotes a lo largo de un cerco, murmuró:

—Si fuera de tu tamaño, ¡con qué gusto jugaría contigo, grillo!

—¡Gri-llo! ¡Gri-llo! Los tres dijeron la misma palabra. Debo llamarme así —pensó el músico.

Y en homenaje al nombre flamante improvisó una sonata que hizo durar todo el tiempo que tardó un vilano recién escapado del cardo paterno, en perderse de vista sobre las frondas.

—Puedo viajar —se dijo—. Visitó una morera cubierta de mariposas blancas y un hormiguero abandonado; se hartó en la despensa de una rata campesina y se bañó en el cuenco de una hoja carnosa y aterciopelada entre los juncales. ¡Qué feliz era! Quiso dar gracias a Dios por tal contento y elevó un himno monótono pulsando una sola cuerda. Algo le hacía compás, lejos primero, muy cerca después.

—¡Chip-chás! ¡Chip-chás!— Se calló. Eran los cortadores de junco con sus hoces y guadañas. En un manojo lo apretujaron de repente y sintió que iba por el aire. Cerró los ojos. Cuando los abrió estaba en el fondo de un bote entre la carga fresca, con olor a jugo de hierbas. Una hora después los hombres taparon la embarcación con una lona y la ataron con una soga a un tronco de la ribera.

Salió —muy tarde— la luna. El grillo embebido, tocó y cantó para ella todo su repertorio.

Afónico casi, se deslizó por la cuerda hasta la orilla y en dos saltos y tres carreras, llegó a una vivienda. En un sendero del jardín se puso a esperar al sol. Debió dormirse, porque sin saber cómo se encontró bajo la mano de un niño.

—¡Lo cacé! ¡Lo cacé! —gritaba el chico jubiloso.

Lo encerró en una cajita y lo puso en la ventana. El músico, preso, pulsó su violín. Maldecía con sus escalas la oscuridad y el encierro y lloraba por la luz que no vería nunca.

Pasó algún tiempo . . . Sin querer, su carcelero empujó una maceta del alféizar y con ella cayó la caja. El golpe hizo saltar la tapa y el grillo huyó enloquecido hacia los matorrales. Un mamboretá se rió de su apuro y le hicieron coro zumbón dos avispas.

Enfurecido, el músico se metió en una cuevecita del suelo, muy parecida a la que fué su cuna. Era pequeña, mullida, como para un largo descanso. Allí se acurrucó y quedó inmóvil oyendo el tranquilo pasar de las horas . . .





Alas



Los pájaros mecánicos llenan el aire con el zumbido de sus hélices.

—¡Dos... tres... cinco! ¡Una escuadrilla! —dice un peatón, mirando hacia la altura desde la acera de una calle concurrida.— Muchos lo imitan. Ojos inquietos, alucinados, siguen las evoluciones de los aeroplanos. Son grises; les da de lleno el sol y son de plata; si anochece, se destacan en negro sobre el azul profundo... El zumbir de los motores es un canto de optimismo. Habla de valor, de audacia, de inteligencia, de tenacidad.

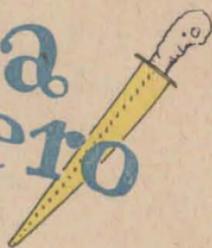
Los aviones atraviesan con rumbo a todos los horizontes las tierras argentinas, llevando pasajeros y correspondencia urgente y no vacilan en cruzar, a muchos miles de metros, las cordilleras y macizos rocosos en cumplimiento de su misión de paz. Los hidroaviones, después de largo peregrinar por los cielos en arriesgada empresa, se posan sobre la superficie de nuestro "río mar" con suavidades de gaviota.

Sabemos que muchos pilotos civiles y militares arriesgan su vida y aun la pierden lanzándose al peligro en noble afán de superación y perfeccionamiento. Y es

que los aviones hablan al corazón un lenguaje magnífico de tesón, de confianza, de futuro y de patria.

Dígalo sino la emoción que brilla en todas las pupilas al ver volar un aeroplano con la escarapela nacional pintada en el reverso de las alas metálicas, siempre tendidas.

La reliquia del tropero



P



OR años de años veían los chicos la reliquia del tropero colgada de un clavo dorado en el escritorio del padre. Era un cuchillo de mango recio, bien ajustado en su vaina de cuero.

La parda Eulalia, que solía pasarle el plumero con cierto miedo respetuoso, deshilaba a menudo la historia del patriarca familiar.

Hacía don Fausto viajes al Sur de la Provincia de Buenos Aires allá por 18 . . . Jefe de una larga tropa de carretas que dejaba como una estela a través de la pampa, el agrio rechinar de las ruedas, era admirado y temido. Sus consejos, sus réplicas, sus amenazas —las manos— jamás caían en el olvido. Su bondad llegó a ser proverbial en toda la zona de sus viajes.

Cuando alguna reyerta se perfilaba entre sus hombres, oíase su voz potente:

—¡No me hagan sacar el cuchillo!

Manso silencio le respondía siempre. Los matreros,

los gauchos alzados, se acercaban sumisos a la carreta guía:

—Ando escaso de yerba, don . . .

—¡Denle yerba!

—Y de tabaco . . .

—¡Denle tabaco al mozo! Y no te olvides, para otra ocasión, que ni la hacienda más lucida, ni la tradición más negra valen lo que una vida . . .

Hablaba con la mano puesta sobre el mango de su cuchillo.

Una vez la indiada asaltó las últimas carretas. Entonces lo vieron pelear bravamente, pero a estacazo limpio, defendiendo a un pasajero niño . . .

Su cuchillo seguía atravesado en el cinto lleno de chirolas resplandecientes.

Envejeció en la carreta el buen criollo. Y lloró por primera vez cuando vió la humareda de la locomotora que lo vencía, que acababa su existencia de señor de las llanuras.

Al morir, don Fausto entregó el cuchillo a su hijo mayor.

—En la hoja está escrita una lección. ¡Que te aproveche!

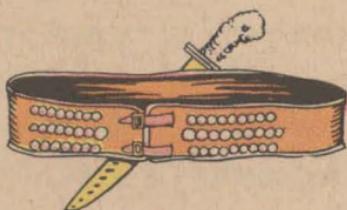
Al tirar del mango, aquel recio mango tantas veces acariciado por el anciano en horas rudas y difíciles, el hijo halló una sorpresa. ¡El cuchillo no tenía hoja!

Comprendió. El criollo había impuesto su autoridad por su comprensión sincera, por su hombría de

bien. Aquel pequeño engaño fué una ilusión, una ilusión necesaria en aquellos tiempos y por aquellas soledades.

En las orillas del Salado aún se habla del
cinto temible de don Fausto.

Para los hijos de sus hijos, es
una reliquia el cuchillo
del tropero.



El arco iris



A tía abuela Mercedes tenía la hermosa costumbre de mirar al cielo con frecuencia. A fuerza de observarlo y de interesarse por cuanto pasaba en las alturas, sabía dar la explicación de muchos fenómenos meteorológicos y astronómicos.

Cierto día, cuando escampó la lluvia que durante toda la mañana había retenido a su sobrino nieto en las habitaciones, salió éste a correr por el jardín.

—¡Viva el buen tiempo! —exclamó levantando la mirada al cielo.

Quedó suspenso de admiración . . .

—¡El arco iris!

¿De dónde provenía? ¿Por qué si era tan bello no engalanaba todos los días el cielo?

Lleno de curiosidad, fué en busca de la tía Mercedes:

—¿Por qué ha aparecido hoy el arco iris, tía? ¿Cómo se ha formado?

—Con la luz del sol que al atravesar la lluvia se

descompone en los colores del prisma: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil y violado. Es un fenómeno natural, un meteoro. Pero . . . prefiero contarte cómo ha imaginado un poeta el origen del arco iris.

—¿Un poeta?

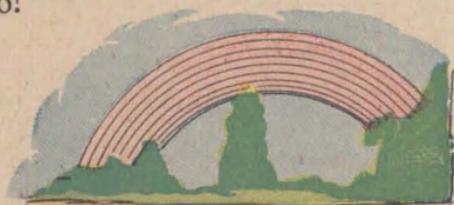
—Sí . . . José Selgas, el cantor de las flores. “Un día —cuenta— apareció el cielo enojado. Su frente coronada de nubes revelaba la profundidad de su pesar. La luz, que es toda alegría, se afanaba en vano en disipar su oscura tristeza.”

“Al fin, el cielo rompió a llorar. Estaba inconsolable.”

“La luz se deshacía buscando una salida oportuna; pero el cielo estaba sombrío y la oscuridad le cerraba el paso por todas partes.”

“Afiló entonces uno de sus rayos más puros, lo lanzó en medio de la oscuridad, y las nubes se abrieron, y bordó en seguida sobre el aire, húmedo todavía, un arco de triunfo.”

De nuevo en el jardín, el niño corría a su gusto, pero de vez en cuando elevaba la mirada para contemplar el arco iris . . . ¡No por conocer su origen le parecía menos maravilloso!





La niña del trebolar



(ROMANCE)

OR el trebolar venía
la niña de mi cantar,
los zapatitos azules
y la gorra verdemar;
en la mano unas espigas,
en los ojos su penar.
Las abejitas y el viento
se la fueron a encontrar.
—Díganos, diga la niña,
la causa de su llorar.
—¡Ay, amiguitos, mi oveja,
se ha perdido en el pinar
y rudos esquiladores
han cruzado el trebolar!
¡Ay, de mi oveja cuitada!
¡Si me la van a buscar
Les daré mis zapatitos
y mi gorra verdemar . . .!
Las abejitas y el viento
pusieron a suspirar.



—Allí viene, allí viene
—silba el viento— ¿A qué llorar?
Las abejitas —Nosotras
guiámosla al trebolar.
—¡Ay, que torna esquilada
la oveja de mi penar!
¡Ay!, ¿cómo podré yo ahora
su linda lana peinar?
¿En dónde le ataré el lazo
si han quitado su collar?
¡Hermano viento, abejitas,
quisiera a solas llorar!
—Calle, la niña. Otra lana
el verano le ha de dar.
—Con mimbre de las mimbreras
bien puede hacerle un collar.
—Con florecitas de trébol
mejor lo puede adornar.
—Gracias, amigos. Les dejo
mi gorrita verdemar
y mis zapatos azules
que mojé en el hontanar.

Descalza, por los senderos
la niña rompió a cantar.



El ferrocarril



COMO una fuerza en marcha, destinada a llevar progreso por donde pasa, culebrea el convoy ferroviario. Conduce en los vagones, unidos como vértebras, copiosa riqueza: maderas, cereales, algodón, frutas, minerales y ganados.

Se interna a veces por la galería oscura de un túnel o pasa sobre los arcos de un puente. Su marcha es potente, avasalladora, como si quisiera llegar cuanto antes a término.

El silbido estridente de la locomotora pregona lo mucho que puede la inventiva humana y lo que vale la locomoción rápida que facilita el avance de la civilización.

Al ver que las vías se acercan a sus sembrados, los chacareros y colonos extienden el área de cultivo y los pueblos de la campaña aumentan en población y bienestar. Gracias al ferrocarril, que trae hasta los pueblos fluviales y marítimos la producción del interior, nuestro comercio avanza y se consolida día por día.

Al espíritu observador de un niño inglés, Santiago Watt, que descubrió la fuerza del vapor, mirando cómo los gases desprendidos del agua hirviendo levantaban la tapa del caldero que la contenía, debemos en parte esta maravilla moderna. Por él y por Jorge Stephenson, célebre ingeniero, que perfeccionó la locomotora y construyó en el año 1825 la primera línea ferrocarrilera, el mundo que trabaja se orientó por un camino de máximo rendimiento.

Una locomotora en marcha es símbolo de vida, riqueza y cultura. A su paso la actividad crece y la incuria de los pueblos desaparece, poco a poco, avergonzada y vencida.

Tigrín



UENTE, don Nazario!

—¡Cuenta! ¡Cuenta!

Hay palmadas de contento y voces de ruego alrededor del viejo capataz de la estancia. Se disculpa, tose, dice que se le olvidaron todos los cuentos con el estruendo de las calles de la capital... Los chicos son inflexibles.

—Bueno, pues... allá vá...

Una mañana despertó Tigrín, el hijo del Tigre, sintiendo un rasguño en las tripas.

—Buena señal —se dijo—. Eso significa que hoy me hartaré de cosas buenas.

Salió de la cueva a olearse el pelaje, se atusó los bigotillos y, muy erguido, siguió la huella blanquita de escarcha.

Topó con una liebre que se había caído de la bolsa de un cazador, la olió, le dió vueltas una y otra vez, diciendo:

—No te comeré. Podrías estropearme el estómago. Además, mis tripas anunciaron que comeré algo mejor. Siguió adelante y halló, colgado del brocal de un pozo, un chivito adobado, listo para

el horno. Dió un paseíto alrededor y después dijo:

—No te comeré. Sólo servirás para darme sed y yo tengo fe en mis tripas.

Más lejos, en un sauzal, halló una yegua con su potranca. Muy engreído, anunció:

—¿Sabes, hermana? Voy a comerme tu potranca.

Contestóle la yegua:

—Haz lo que te plazca. Pero, mira: ayer me clavé una espina en un casco y, como eres cirujano, te ruego que me la arranques. Después te comerás la potranca.

Tigrín acercó el hocico para hacer la cura y recibió una coz en la frente que lo dejó sin sentido. La yegua y la potranquita huyeron hacia las casas.

—No quiero enojarme por esta burla. Estoy seguro de que hoy comeré opíparamente —pensó Tigrín.

Partió de allí y en un alfalfar encontró a los dos hijos de don Juan Zorro que luchaban uno contra otro.

—Gracias a Dios que ahora voy a regodearme.

Dijo a los zorritos:

—Hermanos, tan cierto como que la "alfita" está en flor, me los comeré.

El más vivaracho repuso:

—Hazlo si gustas. Pero antes, sentencia en justicia un pleito. Este alfalfar fué de nuestro padre y nos peleamos por él. No sabemos cómo repartirlo . . .



—Lo resolveré, si me dicen de qué manera . . .

Dijéronle:

—Ponte en el medio del campo. Nosotros iremos cada uno a un extremo y luego correremos hacia ti. El que llegare primero a tu lado será dueño del alfalar. Al otro, puedes comértelo.

Aceptó. Mas los pícaros corrieron con tal fuerza y lo toparon con tanta furia por ambos costados que lo hicieron rodar y lo dejaron medio muerto y con las costillas rotas. Cuando volvió en sí —¡naturalmente!— estaba solo.

—Tampoco me enojaré por esta burla . . . ¡Hoy comeré de lo fino!

Poquito a poco, se acercó al rancherío. Entre unas cañas, una gata blanca daba de mamar a sus crías. Verlo y esconderse en un horno derruido fué cosa de un respiro.

—Salga, hermana, su destino es acabar en mi boca . . .

—¡Saldré, no lo dude! Pero antes, cante algo para que se duerman mis pequeños. Luego, dormiditos, se los entregaré. ¡A ver, una vidalita!

El tonto de Tigrín comenzó a rugir en todos los tonos, creyendo que cantaba muy bien. Los paisanos de los ranchos lo sorprendieron y se le echaron encima armados de palos, escopetas y facones atados a la punta de gruesas cañas.

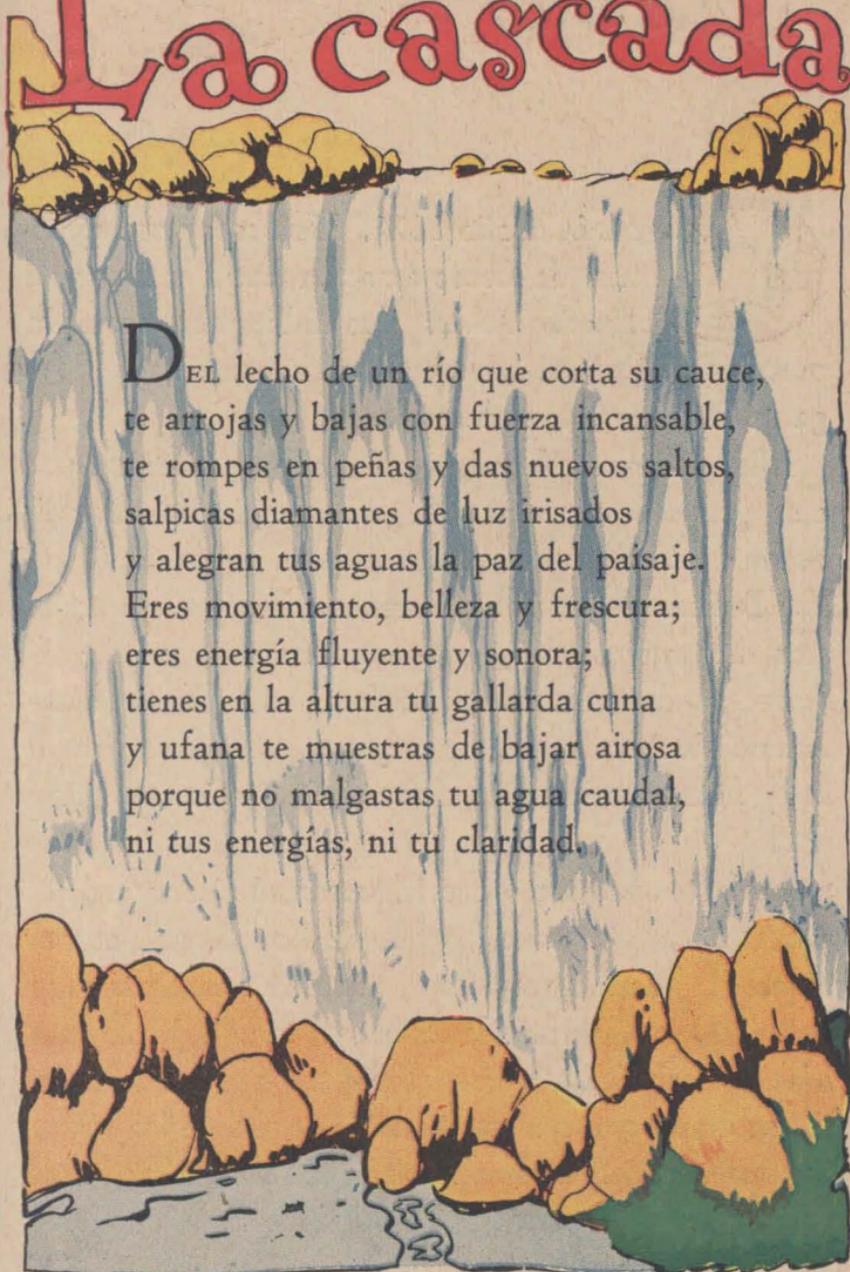
Apaleado, chorreando sangre, Tigrín echó a correr.

Pensaba encontrar lo que antes había desdeñado y no halló ni los rastros.

Tan humilde ahora como antes soberbio, se tendió en su cueva, panza arriba y se puso a llorar. Todavía se oyen los sollozos en el monte.



La cascada



DEL lecho de un río que corta su cauce,
te arrojas y bajas con fuerza incansable,
te rompes en peñas y das nuevos saltos,
salpicas diamantes de luz irisados
y alegran tus aguas la paz del paisaje.
Eres movimiento, belleza y frescura;
eres energía fluyente y sonora;
tienes en la altura tu gallarda cuna
y ufana te muestras de bajar airosa
porque no malgastas tu agua caudal,
ni tus energías, ni tu claridad.

Una madre



CORRÍA el año 1871. Una espantosa epidemia de fiebre amarilla hacía estragos en Buenos Aires. Sus habitantes morían a centenares. Pequeños resultaban los cementerios y llegaron a faltar enterradores...

Un grupo de heroicos médicos, secundado por otro grupo no menos abnegado de ciudadanos, hicieron toda clase de esfuerzos para evitar el flagelo. Buenos Aires vió cuadros terribles de dolor en esos días angustiosos, pero también supo que guardaba grandes corazones: hombres, capaces de sacrificarse por el bien del prójimo y mujeres piadosas y humanitarias, que convertían su dolor en grandeza.

El doctor Manuel Argerich atravesó cierta tarde el portal de una casa de la calle de La Merced, con el objeto de asistir a tres niños, hijos de una viuda muy pobre. Dos días antes los había visitado dejando prolijas prescripciones a la madre para que los cuidara, sin ocultarle que era gravísimo el estado de los niños. Sus tareas de médico solicitadísimo en aquellas horas tan angustiosas para la población, le permitían esos

momentos para visitar de nuevo a los niños mencionados.

Una escalera crujiente lo condujo hasta la habitación de la pobre viuda. Halló la puerta cerrada. Llamó y no le contestaron. Abrió . . . ¡Nadie!

Perplejo, iba a volver sobre sus pasos, cuando oyó en una pieza vecina gemidos de niño y suaves arrullos maternos. Guiado por ellos entró en una habitación interior donde, casi a oscuras, un chiquitín con los labios resecos y las manecitas ardientes, yacía en el regazo de una mujer.

El médico encendió el quinqué para observar al niño y, cuando se volvió, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa al reconocer a la mujer.

—¡Señora! ¿Usted . . . aquí? ¿Y los suyos?

—Los míos, doctor . . . murieron. Se los llevaron ya . . .

Y entre sollozos, agregó:

—Este pobrecito se quedó sin madre. Lo encontré al lado de la muerta, llamándola. Ahora es mío: me pertenece. ¡Sálmelo!

El ruego nobilísimo encendía las pupilas de la excelente mujer. Y el doctor Argerich, emocionado, respondió inclinándose:

—Señora . . . ¡es usted una santa!



Rosa Blanca

UN jardín es la escena. Primavera. Hay estrellitas rosadas en las ramas del durazno. De rato en rato el jazmín deja caer sus copos diminutos. Atardece.

Mamboretá, Rosa Blanca y Hornero, son los personajes.

ROSA BLANCA — ¡Oh! ¡Qué bicho tan feo! Parece una rama que vuela...

MAMBORETÁ — (indignado) ¡Feo... feo...! ¡Calla, presumida! Tengo el color de los brotes tiernos, que son bellos...

ROSA BLANCA — (con sorna, imitándolo) ¡El color... el color...! También yo tengo el de la nieve y la flor de harina y no soy nieve ni harina flor. (curiosa) ¿Cómo te llamas?

MAMBORETÁ — Mamboretá. Por ahí me llaman profeta. Soy raro y misterioso.

ROSA BLANCA — ¿Anuncias lo que sucederá? ¡Deja que me ría! (su risa traducida en perfume intenso, hierde).

MAMBORETÁ — (que mira continuamente a lo alto)
Te manchará el barro negro y pegajoso, Rosa Blanca.

ROSA BLANCA — (enfática) ¿A mí? Donde yo estoy no llega. Para eso me estiro hacia arriba.

MAMBORETÁ — (sentencioso) Caerá del cielo.

ROSA BLANCA — Estás loco, Mamboretá. Rabias porque pareces hecho con palitos secos. Tienes patas de sobra . . .

MAMBORETÁ — No te burles de mi fealdad. ¡Me salva la vida tantas veces! Los pájaros, mis enemigos, creen que soy una ramilla y pasan de largo. Los que me buscan en la hierba no saben encontrarme. Esta condición mía que te hace reír, se llama "mimetismo" . . .

ROSA BLANCA — ¡Já! ¡já! ¡já! Te has despertado sabio, mal profeta.

(En ese instante, Hornero que lleva en el pico una hoja cubierta de barro fresco, la deja caer sobre Rosa Blanca en su intento de pillar a Mamboretá, el cual se oculta hábilmente en el reverso de una rama donde parece un brote más.)

HORNERO — ¡Se fué . . .! ¡Paciencia!

ROSA BLANCA — (llorosa) ¡Ay, mi cara bonita! ¡Barro, Señor, barro! ¿Qué lluvia lavaré esta mancha?

MAMBORETÁ — (desde su escondite) ¡La que te deshoje, orgullosa!

(En ayuda de Rosa Blanca, para que no se note su defecto, trae la noche su negrura. Pero las luciérnagas, amigas de Mamboretá, encienden sus farolitos.)



La semilla voladora



VUELA libre, errante, empujada por el viento y gozosa de poder pasearse esponjada por la luz del sol.

Es un airoso "pompón" de filamentos que guarda en su centro una semillita.

Un niño, tan pequeño que aun no puede caminar, lo ve pasar y, desde los brazos de su madre, le tiende sus manitas gordezuelas. ¡Oh, si pudiese hacer suyo ese juguete! Su mirada azul lo sigue con ilusión y deseo; pero el airoso "pompón" de cerdillas pasa indiferente y ligero para ir a caer junto a varios niños que, al verlo, gritan:

—¡Un "panadero"! —Y quieren atraparlo.

Leve e inquieto, el pomponcito, levantado por una nueva ráfaga, escapa y entra por la ventana de una habitación para pasearse muy orondo, sobre una mesa junto a la cual un señor con gafas enseña a un niño cierta difícil lección.

—¡Un cardo! —exclama el niño—. ¡Qué bonito!

El señor maestro, que tiene la costumbre de llamar a las cosas por su nombre, corrige:

—Un vilano dirás . . .

—¿Vilano? . . . ¡Qué nombre tan feo!

—Pues, por feo que te parezca, es el verdadero. Ha nacido de una flor de cardo. Al marchitarse el penacho morado que la engalanaba, la flor abrió su cáliz y dejó ver un montón de vilanos que el viento arrebató para llevárselos como semillas voladoras.

—¿Y dónde caen esas semillas?

—Caen . . . a la buena de Dios. ¡Mira! Este vilano aún conserva la semillita . . . ¡No ha cumplido su misión!

—¡La cumpliré! —se oye decir resueltamente a la hermana mayor del niño que, al acercarse, ha oído la conversación.

Y con delicadeza, la joven lleva al vilano hasta el balcón abierto. De un soplo le da libertad.

—¡Vuela, semillita! —dícele al verla escapar

conducida por la brisa—. ¡Vuela y cae

en buena hora, para que des nacimiento

a otros lindos vilanos que, como

tú, alegren el aire con

su gracia . . . !

El gaucho

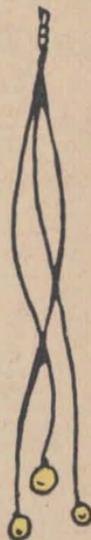


TENÍA una guitarra llenita de vidalas,
un poncho agujereado por lanza de malón,
un caballo zaino tragador de distancias
y un rancho achaparrado al borde de un zanjón.



Peleador y arrogante, mozo de truco y taba,
jugó sus libertades a punta de facón.
Cuando pasó Belgrano siguió su huella clara
y los riscos norteros oyeron su canción.

¡Hazañoso y sufrido escaló la Montaña!
Caracoleando el potro se lanzó en el turbión
de la heroica grandeza que cimentó la patria
y enredó en las estrellas borlas de su morrión.



Fué el anónimo gaucho que dispersó su alma
en la épica patriada de la triunfal visión.
Hoy es del tala criollo la desgajada rama
y su hazaña breviarío de argentina emoción.



Lo que contó un camalote

ERA yo un pedazo de tierra misionera cubierto de plantas en una banda del río. En mí estaban impresos los rastros del jaguar y las huellas sinuosas de las serpientes. Lejos, muy lejos, oía el estruendo del Iguazú. Entreteníame en contar los viajes de una carreta que salía cargada del yerbal cercano, cuando el oleaje comenzó a ahogarme. Un temblor repetido me separó de la orilla y me vi sobre las aguas tumultuosas en medio de la correntada.

El cielo no estaba ya quieto. Corría hacia atrás, huyendo. Los árboles también corrían veloces. Y los bosques y las casuchas, yéndose, tapaban el horizonte y no me dejaban ver la tarde. Vino la noche y pasó. Parecía que me deslizaba más lentamente, que el río no bramaba ya.

Y era así. Las aguas descendían y, bajo un sol claro, navegaba yo plácidamente. Por las riberas había oro, mucho oro desparramado. Miré con atención y advertí que no era metal eran los naranjales correntinos cuajados de fruto. Noté que mi prisa iba en au-

mento y que las espumas hervían a mi alrededor. Divisé las casas de la ciudad de Corrientes, y como una flecha en vuelo, pasé frente a su puerto.

De repente comencé a girar, a girar en un vértigo indescriptible. Perdí plantas, me empequeñecí. El Paraguay empujaba con todas sus fuerzas y arrastraba ramas que me golpearon. Un cachorro de puma, muerto, pasó a mi lado llevando la cabeza a flor de agua. Vi su lengua roja, sus diente-cillos agudos . . . Cuando cesó mi tormento, admiré los quebrachales que flanqueaban la orilla derecha. A mi izquierda, había ya dejado atrás Empedrado, Bellavista, Esquina.

Las barrancas santafecinas se insinuaban bien empinadas. Pasaron lanchas cargadas de algodón, de troncos, de granos. Un vaporcito, que juzgué enorme, casi me hizo zozobrar. De nuevo anocheció.

Al amanecer enfrenté el puerto de Rosario. ¡Qué grande! Velámenes, chimeneas humeantes, lanchones, gritos . . .

Sentí que otra vez me precipitaba aguas abajo. Un buen rato permanecí varado, pero la marea me recogió y seguí viaje por una zona de calma. Llegaba al Delta. A la deriva me vine por un riacho guarnecido de hortensias y me arrimé a la tierra. Desde aquí veo un bosquecillo de manzanos y oigo cantar a los leñadores. Aquí me quedaré. ¡Le tengo miedo al Plata!



La muerte del General Belgrano

EN la habitación modesta y silenciosa donde el general Manuel Belgrano se sentía morir, una mujer cuidaba amorosamente que nada faltase al enfermo y no fuese turbada la tranquilidad. Era Juana, la ejemplar hermana del prócer, que lo asistía con verdadera consagración.

Penoso había sido el viaje del general Belgrano desde Tucumán hasta su ciudad natal, a causa de la grave enfermedad que le aquejaba y de la escasez de recursos para trasladarse. Penosos, también, debían ser los meses de vida que le restaban en Buenos Aires. Pobre y postrado tuvo, sin embargo, el consuelo del afecto de algunos amigos y el de la ternura de una hermana.

A pesar de los cuidados de su médico de cabecera, el general Belgrano empeoraba sin esperanza de salvación.

Un día de invierno, el 19 de junio de 1820, el sol llegó, como un amigo más, a iluminar la habitación del ilustre enfermo, al abrirse la puerta para dar paso al médico, el doctor Redhead, que había acompañado al

general en su viaje de Tucumán a Buenos Aires y lo seguía asistiendo con cariño de amigo.

La luz viva hizo brillar por un momento, cual si fuera una estrella de oro, el reloj de bolsillo colgado en la cabecera de la cama del prócer. ¡Era ésa la única prenda de algún valor, el único lujo del vencedor de Salta y Tucumán!

Al ver llegar junto a sí al médico amigo, toda la gratitud que por él sentía Belgrano se reflejó en sus leales ojos. Pero quiso que aquél tuviese un recuerdo de su agradecimiento y pidió a su hermana que pusiera el reloj en manos del doctor: —“Es todo cuanto tengo que dar a este hombre bueno y generoso” —dijo emocionado.

El doctor Redhead recibió con veneración aquel presente de gratitud.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, murió el creador de nuestra bandera. Mitre, su historiador, dice que sus últimas palabras fueron: “¡Ay, patria mía!”

En la hora de la muerte, como durante su abnegada vida, la preocupación más grande del general Belgrano fué la patria, por cuya libertad luchó con tanto heroísmo y desinterés.

Un sueño (en la floresta

EL viento, cansado de empujar nubes y de mojar en la niebla su capa invisible, bajó a las florestas de la tierra que por aquellos tiempos eran ralas y no muy altas, pues las plantas empezaban a crecer por vez primera. Ninguna había dado flor, ni sabía cómo serían sus semillas. Juguetón y charlatán el viento les dijo:

—Sueñe cada una su flor, su fruto y su semilla.
¡Eso tendrá!

Le creyeron las inocentes y desearon con impaciencia que llegaran la oscuridad, la luna y el lucero —pues era ésa su señal de queda— para dormirse y soñar. Entretanto, conversaban entre ellas.

Pensaban en florones de terciopelo, en cápsulas de rojo púrpura, en vainas de oro, en púas agudas, en cálices carnosos impregnados de aroma, en esferitas llenas de zumo dulce, en racimos opulentos. Algodonero, largo y ramoso, callaba.

—¿Qué soñarás, hermano?

Tembló el aludido. Por la más pequeña de sus hojas murmuró con un soplo de voz.

—No sé . . . no se me ocurre nada . . .

¡Cómo se rieron de él!

—¡Qué imaginación más pobre!

—¡Tan grande y tan . . . vivo!

—¡Yo te daré una idea de limosna!

—¡Y yo otra!

Callaba el cuitado y las otras pensaron por él en cháchara interminable:

—Le vendrían bien unas flores negras.

—Un fruto de color de tierra.

—Y unas semillas como pedruscos . . .

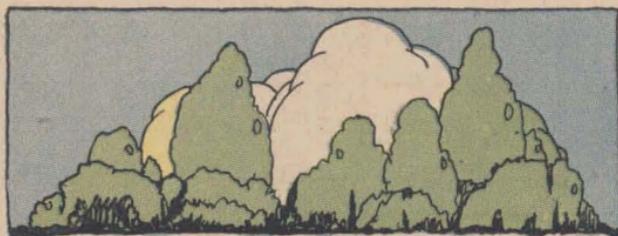
—¡Ja! ¡ja! ¡já! Toda la floresta rió con risas de burla, pero Algodonero seguía inmutable. Al dormirse miró al lucero que a él le parecía la casita del Creador, y susurró con humildad:

—Dame lo que tú quieras. Mi corazón sólo desea algo suave y útil para el hombre. Y se durmió feliz.

El alba trajo sorpresas sin cuento. Madre Naturaleza trabajó como Dios quiso y dió a cada uno lo que le convenía y no lo que soñara. La que quiso florones tuvo flores minúsculas; la que pidió cápsulas pulidas tuvo ásperas vainas; la que soñó con vello sedoso se halló con espinas. Algodonero callaba contentísimo. Amaneció cuajado de estrellitas amarillas y en una rama elevada lucía capullos pomposos y desbordantes de copo blanco que encerraban lindas semillas oscuras. El viento —siempre jugando— lo instruía sobre su nuevo valor:

—Restañarás la sangre de las heridas y las protegerás con tu blancura. Vestirás al hombre y ayudarás a mullir los nidos de los pájaros. Eres el dueño del oro blanco, mi buen Algodonero . . .

Los demás se hacían los sordos pero, de rato en rato, volvían la cabeza para admirarlo.





Gitanos



Dos carromatos los han traído al paso lento de una pareja de jamelgos y otra de mulas cansadas. Bajos los ojos, las pobres bestias cumplen una consigna: andar, andar siempre, y siempre hacia adelante. No saben de elegir senderos, de doblar una curva a voluntad, de marchar a campo traviesa en procura de matas de hierba tierna. Un manojo de pasto seco, un puñado de granos son su recompensa y, una que otra vez, cuando las fuerzas flaquean como si se les hubiera terminado la cuerda, un latigazo y un grito que hiere más aun.

¿Y los gitanos? Acamparon en un baldío. Los colorines de las ropas de las mujeres, sus pañuelos a lunares, sus baratijas, impresionan agradablemente, tal vez por lo mismo que sabemos que serán pasajeros, que en nuestra ciudad son una estampa fugitiva de color y exotismo. Con sus hijos al hombro, salieron las pedigüeñas hacia las calles próximas, a limosnear y a decir la buenaventura a los crédulos. Los hombres se quedaron armando una carpa que los albergaría por el espacio de tres noches, y los chiquillos, lis-

tos, vivaces, pretendieron trabar relación con los niños de la vecindad que les huyen.

Los gitanos son la vieja poesía de los caminos del mundo. Vagabundos por naturaleza, incapaces de arraigar en sitio alguno, han visto auroras y atardeceres bajo todos los cielos. Conocen palabras de todas las lenguas, adoran la libertad y hacen vida de pájaros sueltos. Tocan sus panderos, cantan y bailan por lograr unos centavos para su pan.

—Una copla por una monedita —nos propuso un simpático cachafaz que habla nuestra lengua. Asentimos. Y con linda voz cantó:

Ya conozco mi destino,
Rodar y siempre rodar.
Una carreta, un camino,
Un cantar y otro cantar.



La bandera de los Andes



MANOS primorosas de mendocinas,
movidas por patriótico entusiasmo,
bordaron en su paño azul y blanco
de nuestra libertad la egregia insignia.

Flameó gallardamente entre las cimas
conducida por brazos de guerreros
que en busca de la gloria iban sin miedo
y la llevaron hasta Maipo invicta.

Hoy es reliquia que Mendoza guarda
y que su pueblo con amor venera,
porque en sus pliegues ha quedado impresa
de San Martín la férvida mirada.



En tiempo de los peinetones



EN LA CALLE



ME parece que misia Paulina y su hija vienen por allí... ¡No les cederé la vereda! —dijo para sí una dama muy peripuesta que transitaba por una de las calles centrales de Buenos Aires, cierto día de noviembre de 1834.

—Si no me equivoco, se acercan misia Dolores y su hija Lola... ¡No seré yo quien les ceda la vereda! —pensó a su vez misia Paulina. Y muy resuelta irguió cuanto pudo su cabeza adornada con un peinetón de cuerno.

Con el mismo empaque avanzó por la estrecha vereda misia Dolores, coronada la altiva cabeza por un peinetón de carey calado sobre el cual caía un velo de blondas.

Majestuosas dentro de sus vestidos huecos por el miriñaque, las damas quedaron frente a frente. No podían conservar la vereda y pasar una junto a la otra por impedirlo el descomunal tamaño de los peinetones. No quisieron emplear el recurso que otras

señoras solían aprovechar para no hacerse concesiones y que consistía (así lo dice Sarmiento) en girar lentamente, una hacia la derecha y otra hacia la izquierda, con lo cual evitaban el choque de sus peinetones.

Misia Paulina, que se sentía con derechos, habló la primera:

—Déjeme el paso libre, señora, pues yo llevo la derecha.

—No es razón ésa para que una dama de mi posición descienda a la calzada.

—Más que la riqueza puede una ordenanza policial que da preferencia a quien lleva la derecha . . . —replicó misia Paulina, al mismo tiempo que avanzaba un paso.

Temió misia Dolores el perjuicio que traería a su rico peinetón de carey un entrevero con el resistente peinetón de cuerno de misia Paulina y . . . cedió. Para no caer apoyóse en uno de los postes que flanqueaban la vereda y descendió con su hija al empedrado.

Misia Paulina, dando un tirón a Teresita, se alejó con ella, muy oronda de haber humillado a su vecina, la orgullosa misia Dolores, su amiga de otro tiempo.

En tanto que las señoras



mantuvieron el breve diálogo que había de distanciarlas más, las dos niñas se miraron dulcemente y Lola, la mayor, aprovechó la ofuscación de su madre para acariciar la mano de Teresita y decirle casi al oído:

—Mañana . . . a la hora de la siesta . . . por el portillo que da al jardín del fondo . . . ¡No faltes!

Respondió Teresita con un movimiento de aprobación.

EN LA CASA

Desde muy pequeñas habían sido amigas las dos niñas. Seguían siéndolo, no obstante la enemistad que, por chismes sociales, separaba a sus respectivas madres.

En la casa de misia Paulina había entrado la desventura con la enfermedad de su marido y, junto con la enfermedad, la escasez de medios para vivir.

Misia Dolores, antes pobre, había enriquecido gracias a las onzas de oro heredadas de un pariente rico.

Al día siguiente del encuentro callejero, a la hora convenida, Teresita esperó ansiosa a su amiga junto al portillo abierto en el muro del jardín.

Lola fué puntual.

—¿Está muy enfadada tu madre? —preguntó afligida Teresita.

—¡Muy enfadada! Pero . . . ¡no llores! ya nos veremos en el templo, o en casa de las niñas de Ramírez . . . ¿Cómo sigue tu padre?



—Empeora cada día. ¡Estamos desconsoladas! Todo lo aflige. Anoche recordó que el día de San Martín debo comulgar. —No tendrás —me dijo— un velo blanco ni un lindo libro . . . Tu padre enfermo y pobre no podrá comprarte ni un ramo de azucenas . . .

Lola trató de alentar a su amiga y, cuando se separaron, le pidió que al día siguiente, a la misma hora, estuviese junto al portillo.

—¡Pobre Teresita! —pensó al marcharse—. Yo convenceré a mi madre que debemos ofrecerle el vestido blanco, el rosario y el libro de marfil que me regalaron a mí hace años . . . cuando éramos pobres.

Misia Dolores, al escuchar el proyecto de su hija se indignó:

—¡Prestar esas reliquias a Teresita! ¡No faltaba más!

—¡Prestarlas, no! Regalárselas, como me las regalaron a mí, con la misma alegría, para causar el contento que sentí yo.

—¿Regalarlas . . .? ¿Conoces el valor del rosario y del libro? Son verdaderas joyas . . .

—Guardadas en el arcón nada valen, porque a nadie sirven y a nadie regocijan . . . Recuerde usted el día en que la señora de Miranda me los trajo como obsequio. Entonces éramos pobres y vivía el abuelo. Estaba postrado como el padre de Teresita. ¡Qué contento el suyo al ver las galas que yo luciría en la comunión . . .! ¿Lo recuerda, madre? . . . La señora

de Miranda me pidió que, cuando se me presentara la ocasión, procurase a otra niña la dicha que ella me proporcionaba a mí. ¡Cómo aplaudió el abuelo ese deseo! . . . ¿Verdad que consiente usted . . .? ¿Sí . . .?

Misia Dolores lloraba al recordar a su anciano padre.

—¡Sí, hija, sí! Lo consiento . . . —exclamó—. Lleva ahora mismo esos obsequios a Teresita, y no por el portillo, sino por la puerta franca de su casa.

Una criada acompañó a Lola, y ésta puso las galas de la comunión en las manos de misia Paulina, la cual no salía de su asombro, emocionada al ver la alegría de su hija, y avergonzada de su conducta de la víspera.

EN EL TEMPLO

El 11 de noviembre, día de San Martín, patrono de Buenos Aires, hubo solemne comunión en la Catedral.

Acompañada de su hija, llegó al templo misia Dolores. Lucía su peinetón de carey calado, cubierto por una gasa negra, como convenía al severo tocado que usaban las damas porteñas para asistir a misa. Seguías un negro, que llevaba una alfombra, sobre la cual había de arrodillarse Lola (Misia Dolores no la utilizaba por tener en el templo reclinatorio propio).

Al llegar a la pila de agua bendita, acercóse misia Paulina y le ofreció un gran ramo de flores.

—Acéptelas, vuestra merced —dijo muy turbada— para el altar preferido de su devoción. Mi hija y yo las hemos escogido en nuestro jardín... mientras pedíamos a Dios que aumente su ventura.

Besó las rosas misia Dolores y condujo de la mano a misia Paulina para obligarla a aceptar su reclinatorio, mientras ella se prosternaba a su lado, junto a su hija, sobre la mullida alfombra.

Desde allí pudieron ver cómo Teresita recibía solemnemente la comunión, envuelta en un velo blanco, bella como una imagen, tal como había deseado su padre en sus ensueños de enfermo.



Ceguera y luz



s maravilloso!

¡Es sorprendente!

Así se expresaban las personas mayores cuando hablaban de Carlos, el hijo de una amiga dilecta de nuestros padres, que acababa de llegar de Europa donde había vivido varios años. Por consiguiente no lo conocíamos y a todos los chicos nos fastidiaba un poco esa lluvia cálida de elogios en torno de su nombre.

Cuando visitamos a Carlos comprendimos la justicia de aquellas ponderaciones. ¡Carlos era ciego!

Nos sorprendieron sus modales moderados, la expresión plácida, casi risueña, de su rostro y la afabilidad de su trato. Si al principio nos causó pena su ceguera, pronto pasamos de la lástima a la admiración cuando escuchamos su palabra viva, elocuente; palabra de quien ha visto o leído mucho. Conocía a los grandes músicos y los interpretaba admirablemente en su violín; hablaba de autores de cuentos y evocaba a los personajes de los relatos más famosos. Nuestra admiración aumentó cuando nos dijo, sencillamente:

—Leo esos cuentos en los volúmenes que yo encuaderné . . .

¿Cómo . . .? ¿Leía, tocaba el violín, encuadernaba? Nosotros, videntes, no eramos tan capaces.

Todo lo comprobamos. Nos mostró varios libros prolijamente presentados, cuyas páginas estaban llenas de puntos en relieve. Pasaba sobre ellos las yemas de los dedos y leía en alta voz.

—Mis libros están escritos según el sistema Braille —nos explicó—. Su alfabeto es muy fácil de aprender y el procedimiento para escribir es sencillísimo.

¡Qué lejos estaban la pena y la conmiseración! Carlos —pensábamos— será un hombre útil capaz de bastarse a sí mismo y de ayudar a otros.

Nos asaltó una duda: Carlos acababa de llegar de Europa . . . ¿Y los ciegos argentinos?

Supimos que a éstos les llegan ampliamente los beneficios de la instrucción intelectual y manual; que leen, estudian o trabajan como perfectos obreros. Supimos, también, que tienen bibliotecas particulares que han formado asociaciones con fines culturales y de ayuda mutua, que muchas señoras, señoritas y jóvenes, copian libros empleando el sistema Braille, para que nuestros ciegos disfruten de la buena lectura.

Un pensamiento generoso y justiciero prendió en nuestras almas: es necesario, es urgente ayudarlos todavía más . . .

El algarrobo

PÁJAROS gorjeadores le cantaron endechas,
Rumor de lechiguanas les coreó la canción,
Sol de las mañanitas lo traspasó de flechas
Y le doró las vainas de dulce corazón.

Claro corro de niños a su pie le pedía
Ese su fruto criollo de rojizo color,
Que tiene olor de campo, de flor de serranía
Y es carne de la tierra de nativo sabor.

El gigante entregaba su carga sonriente
Ante la acometida del reidor batallón,
Luego entre zamba y copla rumbeando hacia el po-
Marchábanse los chicos en alegre montón. [niente

Caminito del cerro se iba la canción . . .
(Los niños no volvieron, el árbol se secó
Y hecha sueño en las fibras se quedó la visión . . .)
¡La tonada de un "huaino" desde el cerro llegó!

Voz de la tierra



Soy la madre. Cuando me oí llamar así por el hombre que pedía mi ayuda, de helada y hosca que era, me volví cálida y sonriente. Para que viera mi sonrisa, me cubrí de flores y enseñé una canción musical a los claros hilos de agua que corrieron entre las piedrecillas lavadas y se flanquearon de hierbas aromosas. Por ese nombre que me dió yo le perdono todo. Me rasga con el arado y le guardo humedad y calor para sus semillas. ¡Da gozo verlo pasar cantando por sus trigales, por sus viñedos, por sus campos de lino!

Perfora mis fortalezas de piedra abriendo túneles por donde enhebra los ferrocarriles.

Hiere mi corazón ahondando minas y se lleva mi riqueza de gemas, de carbón, de petróleo. Calladita, pienso: soy la Madre. Si muere, le hago lecho mullido casi a flor de mi piel y, si muere niño, ¡oh! entonces le canto sin palabras una canción de cuna y lo lloro con rocío del alba.

Le entrego el pan que lo alimenta, el fuego que lo temple y el vino que le da contento.

Y lo hago sencillamente, con toda pureza.

¡Soy la Madre!

Lo que dijo el cántaro



MANO de abuela criolla, mano morena y suave lo dejó sobre un mueble, junto a un búcaro transparente y no lejos de un cofre esmaltado.

Era de barro humilde y, aunque estaba pintado con primor, sus figuras, un puma y un "surí" rectilíneos, causaron horror a sus vecinos. Un ligero temblor sacudió al vaso de cristal y el cofrecillo lamentó no poder huir con aquellas cuatro patas doradas en que se apoyaba.

—No teman, amigos —dijo el recién llegado—. Soy inofensivo. Acabo de sufrir los tormentos del horno para que mis colores perduren vívidos y brillantes.

Al notar que le miraban con cierta desconfianza, continuó:

—Les relataré mi historia. En un canchal jujeño fuí un pelotón de tierra gredosa. Cerca, pasaba un hilo de agua. Alrededor sólo había piedras lavadas.

No conocía a los pájaros y, de lejos, admiraba los cardones y las tolas.

Un día, un viejecito de ojotas y poncho me levantó del suelo y me puso en una bolsa de cuero sobre su mula. Anduvimos mucho, cerro abajo y cerro arriba. Me dejó en el taller de un alfarero indígena que me amasó, me modeló y, en el torno, me hizo armonioso.

Era triste el alfarero. Toda la tristeza calchaquí fluía de su cantar lento. A veces, cuando la sombra de la noche llenaba su vivienda, tocaba en la quena "huainitos" y "yaravies". Yo recogía en mi hueso aquellos sonos y hubiera querido recibirlos eternamente, pero una mañana el alfarero veló mi piel porosa con un barniz y me dejó fuera, tostándome al sol, al lado de otros muchos cacharros.

—¡Cómo sufrí después! Me pulió, me raspó dejando en partes mi barro al descubierto y luego me pintó estas figuras. Al fin, me encerró en un nido blando, donde no peligraba mi fragilidad y . . . no volví a verlo. Hice un viaje larguísimo. Cuando de nuevo me dió la luz estaba ante la boca llameante de un horno. Creí morir achicharrado y perdí el conocimiento. Al recobrar el sentido me hallé en una vidriera de la ciudad. A poco, me acariciaba la mano suave y morena que aquí me puso. Soy suyo a cambio de unos



billetes que dejó sobre el mostrador, y desde hoy seré vuestro compañero.

Encantado, el florero quiso hacerle sitio y el cofre murmuró por la más linda de sus rosas esmaltadas:

—¡Bienvenido!



En las sierras de Córdoba

EL "RUN-RUN"

BAJO el techo del amplio corredor de una casaquinta, formó su nido un picaflor. Run... run..., parecía decir el sutil aleteo, al ir y venir el pajarito en su tarea de construir el prodigio de pequeñez y delicadeza que sería su nido. ¡Cuánta paciencia demostró en su diaria labor!

Un día observamos que el "run-run" sólo se apartaba del nido el tiempo necesario para alimentarse.

—¡Tiene huevecitos! —dijeron los niños.

Querían verlos, tocarlos. Pero los mayores les advirtieron que, según la creencia de la gente serrana, cuando una persona toca los huevos de un nido, la avecilla madre los abandona; no vuelve más. Los niños quedaron impresionados y no se expusieron a tanta desgracia.

Pocos días después, vimos de nuevo el incesante ir y venir del "run-run".

—¡Hay pichones en el nido! —exclamaron alborozados los niños.

El pajarito escapaba velozmente por un claro de la

enredadera y volvía casi en seguida del jardín, trayendo la gota de néctar necesaria para alimentar a sus hijuelos.

No obstante las prohibiciones, una mañana fué sorprendida Margarita en el momento en que, trepada sobre una escalera, exploraba el nido con los dedos, mientras el "run-run", a corta distancia, daba muestras de desesperada inquietud.

Ese mediodía sucedió algo inesperado y tierno a la vez. Leíamos calladamente dos personas en la galería, teniendo a nuestro lado a la curiosa exploradora de nidos ocupada en una labor de aguja. Hasta entonces el "run-run" había volado a cierta altura. Nos extrañaron, por lo tanto, sus rápidos giros sobre nuestras cabezas, como para llamar la atención. Después, permaneció un rato frente a nosotros sosteniéndose en el mismo sitio gracias a un sutil y rápido aleteo. Y, sin volverse, fué retrocediendo poco a poco, muy lentamente, hasta posarse en el barandal, donde se quedó un rato mirándonos fijamente.

¿Era un ruego el que nos dirigía? ¿Era un reproche? ¿Ya no podía abandonar el nido porque en él la vida de sus hijuelos reclamaba protección? ¿Pedía esa madrecita que nos compadeciésemos de su debilidad?

Quedamos sobrecogidos de emoción . . . El caso no volvió a repetirse. Crecieron los picaflores y ensayaron sus primeras escapadas hacia la



luz posándose en un laurel cercano. Tras cortas jornadas, un día abandonaron para siempre el nido dejándonos la nostalgia de aquel poema de vida y amor.



“Crispín”

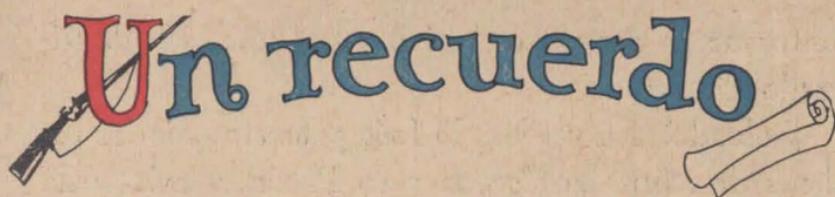
EN las horas de la siesta, ruidos armoniosos animan la quietud que parece extenderse por las casas serranas, donde todos se entregan al descanso menos los bulliciosos pájaros. Las “cucuruchas” murmuran entre las vigas del tejado, y los revoltosos “cachilos” no callan un instante.

A lo lejos se oye, a intervalos iguales, la monotonía de dos notas lastimeras. Las emite un pajarito, y es tan quejumbroso su acento que la gente sencilla de las sierras ha forjado una leyenda.

Llaman al pajarito “Cris-pín” porque su grito se asemeja a esas dos voces. Y cuentan que hace mucho tiempo pasó por las sierras una pareja de enamorados esposos. El hombre se internó en las quebradas y se perdió.

Nunca más volvió al lado de la esposa. La cuitada se convirtió entonces en avecilla y llama continuamente a su compañero: ¡Cris-pín! ¡Cris-pín!

Un recuerdo



Ño 1896 . . .

Un aula espaciosa, abierta a la luz, ocupada por niñas.

Una maestra querida por buena y respetada por justa. Trigueña, de ojos negrísimos, rasgados; serena, sencilla y afable.

Antes de comenzar la clase de lectura con que se iniciaba la diaria tarea escolar, la maestra nos hizo saber que había muerto un gran argentino: Ricardo Gutiérrez. ¿Nos relató su historia? . . . ¡No lo recuerdo! Pero lo que nunca olvidaré es que desplegó un periódico y nos dijo:

—Escuchen el pésame que el poeta Guido y Spano ha enviado a la familia de Ricardo Gutiérrez.

Y con su voz pausada y clarísima, leyó:

“Soldado, trovador, luz de la ciencia,
Lo lloran la poesía y la inocencia.”

Si entonces no comprendí lo que significaba ese bello dístico que tanto me impresionó, más tarde valoré el poder de la poesía de Guido y Spano, que supo

sintetizar en dos versos la útil y hermosa vida de Ricardo Gutiérrez.

¡Soldado! En verdad, lo fué: guerrero bajo las órdenes de Mitre en Cepeda y en Pavón, y más tarde en la milicia de la campaña del Paraguay donde se hizo notar por su arrojo y por su abnegación en los hospitales de sangre.

¡Trovador! ¡Sí! Poeta todo corazón, como se demuestra en las poesías tituladas "Los huérfanos", "La Hermana de la Caridad" y "La Victoria".

¡Luz de la ciencia! Fué médico de niños...

Durante veinticinco años desempeñó desinteresadamente la dirección del Hospital de Niños, por él fundado.

¿Cómo no habían de llorar-
lo la patria, la poesía
y la inocencia?

Rouego del árbol



NIÑO:

Una mano, para ti querida, me plantó en este jardín, cerca de tu ventana. Muchos inviernos me estremecí de frío preparando mi floración de primavera. Muchos estíos languidecí bajo el sol hinchando mis pomos que maduran cada otoño.

Y todo por ti: la seda de mis flores, la frescura de mis hojas, la dulzura de mi fruto.

Niño: respétame. No tajées mi corteza: es mi único vestido. No desgajes mis ramas: son mis brazos tendidos al cielo para alabar a Dios y sostener los nidos.

Ámame, niño, y ama en mí a todos mis hermanos. A los gigantes de la selva, centenarios nutridos por la sangre de la tierra, que caen bajo el hacha para darse generosamente y son cuna y calor en la casa del hombre; a los guerreros de los bosques que atraen las lluvias benéficas con el acero de sus lanzas; a los

solitarios que orillan los caminos, y a los pensativos
que se miran plácidamente en el canal de un huerto.

Somos alegría, bondad, sacrificio.

¡Multiplícame, niño! Quiero sonreír en las flores
de muchos hijos míos. Quiero levantar mu-
chos hogares de pájaros, en el aire claro,
con sus brazos jóvenes. Quiero se-
guir siendo regalo de sombra,
enseñanza de serenidad,
oración de belleza.

¡Ayúdame!

Una carta de San Martín



SENTADO ante su mesa de trabajo, el general San Martín cavilaba. Había detenido la pluma de ave con la cual su mano enérgica acababa de trazar el encabezamiento de una carta:

“Sr. Bernardo O’Higgins”

“Mendoza, febrero 9 de 1823”

“Compañero y amigo amado:”

¿En qué meditaba el héroe de los Andes? Al escribir al compañero de armas, los recuerdos se sucedían y lo llevaban a evocar acontecimientos de años anteriores: el combate de San Lorenzo y el desnudo de sus bravos granaderos; la conducta heroica del sargento Cabral... las dificultades para equipar el ejército de los Andes; el patriotismo de los mendocinos; la maestranza del ejército y los desvelos del Padre Beltrán... ¡Chacabuco!... ¡Maipo!... Y, después, la entrada triunfal en Lima.

¿Por qué era grave y melancólica la expresión del general San Martín? Es que recordaba, también, las responsabilidades y amarguras que, generalmente, siguen al triunfo. Sabía que el gobierno de los pueblos trae desazones y exige sacrificios que han de aceptarse por patriotismo; que la ingratitud lastima y que no todas las intenciones buenas son juzgadas como tales...

Por eso, al escribir a su amigo O'Higgins, cuando supo que éste había dejado el gobierno de Chile (que ocupaba desde que se libró la batalla de Chacabuco), la expresión del general San Martín era grave y melancólica.

Su mano volvió a tomar impulso, y comenzó así el texto de la carta:

"Millones de millones de enhorabuenas por su separación del mando. Los que sean verdaderos amigos suyos se las darán muy repetidas. Sí, mi amigo, ahora gozará usted de la paz y la tranquilidad, sin necesidad de formar cada día nuevos ingratos. Goce usted de la calma que le proporcionará la memoria de haber trabajado por el bien de la patria.

Al escribir estas últimas palabras, la expresión del rostro del general San Martín se serenó. En verdad, él podía proclamar la satisfacción que deja en la conciencia, la certidumbre de haberse sacrificado en servicio de la patria.



Al Trabajo Brindis

POR la paz de un mundo
rico en energías
que hace de sus días
un himno al trabajo,
levanto mi copa
pulida por manos de honestos obreros
que con su constancia se abren los senderos
del trabajo honrado,
y son de la industria
el poder aliado.

Brindo por la idea
que el cerebro crea
cuando el bien la inspira;
por los estudiosos
que llevan por guía
la ciencia o el arte;
por los que en la tierra hunden los arados,
buscan minerales, cuidan los ganados
o siembran las flores,
que son los primores
de la tierra amiga.

Por los que conquistan
rutas atrevidas del aire o del mar;
por todos aquéllos que nos quieren dar
fuerza de progreso, de paz y de honor,
¡levanto mi copa colmada de amor!



Las flores



EN las orillas de un arroyo, en la falda de las sierras, sobre las praderas y en torno a los troncos, en los canteros de un jardín o prisioneras en un búcaro, las flores son siempre bellas y parecen hablarnos de bondad y simpatía.

De ellas se ha dicho que son la sonrisa de la tierra. Como fuentecitas perfumadas y sedosas recogen el rocío de los amaneceres. Las abanicen las alas de los pájaros, de las mariposas, de las abejas inquietas, siempre de prisa.

La tierra negra, yerma, sin follajes y sin capullos, es fría y triste. ¡Cuesta tan poco hacerla sonreír en las corolas multicolores! Unas semillitas, unas gotas de agua, un rayo de ese buen sol que se da generoso para todos, un poco de cuidado, y la tierra de color sombrío se cubrirá de matas de alegre verdor donde resaltará el brillante matiz de los capullos y de las corolas abiertas.

Hay en nuestro territorio regiones donde la naturaleza ha prodigado sus flores magníficas: el delta del Paraná, la campiña entrerriana, el suelo de Tucumán

llamado con razón "el jardín de la República", y las cercanías del Nahuel Huapí... Esas regiones nos dan con prodigalidad flores típicamente nuestras. ¿Quién no ha oído alabar el irupé, la flor del aire, la estrella federal, los azahares de nuestros naranjales, la flor de ceibo y la pasionaria?

Las flores tienen vida; vida rica en perfumes, colores, y belleza. Pero ¡no pueden defenderse! Cuando alguien quiere arrancarlas, no les es dado huir ni luchar. Tienen que permanecer quietas...

Los que aman verdaderamente las flores, prefieren contemplarlas en las plantas, diseminadas en los jardines, en medio de la naturaleza que las nutre y les prolonga su bella vida.

El tímido



EDUARDO tenía nueve años de edad y cursaba el tercer grado. Casi nunca intervenía en las conversaciones de los otros niños y, durante los recreos, se apartaba a un lado, junto a la pared, y desde allí miraba jugar a los demás. A causa de eso sus compañeros empezaron a fijarse particularmente en él: unos lo hacían objeto de sus burlas; otros lo motejaban de tonto y, algunos, decidieron no tomarlo en cuenta para nada.

Habían observado que, si miraban fijamente a Eduardo, éste se turbaba y enrojecía, enrojecía... Y, por ignorancia del daño que le causaban, se entretenían en provocarle esa angustia.

Una mañana el maestro preguntó quiénes creían poder tomar parte en la excursión que se proyectaba para festejar con un paseo la llegada de la primavera. Todos levantaron la mano alegremente, menos Eduardo, que bajó la cabeza y enrojeció.

A fin de darle ánimo, el maestro se dirigió a él, con afabilidad:

—Vendrás tú también, Eduardo ¿verdad?

El aludido se puso de pie y, con expresión de pena, respondió:

—Yo quisiera ir... pero ¡no puedo!

—Haremos desaparecer los inconvenientes —insistió el maestro— sólo necesitas el permiso de tu padre o de tu madre.

—No tengo padre... ni madre. Murieron...

—Pues ¿con quién vives?

—Con mi abuelito. No debo dejarlo solo por un paseo... Pasa el día sentado en un sillón porque no puede caminar...

—¿No tienes tíos... hermanos...?

—No...

El maestro se dió cuenta que estaba en presencia de un niño admirable. Y para que los demás pudieran apreciar cuánto valía aquel compañero tímido y silencioso a quien todos hacían sufrir, siguió preguntando, pues vió en los ojos de Eduardo ansias de explicarse:

—¿Quién cuida de tu abuelo?

—Yo... y él cuida de mí. Trabaja todo lo que puede. Escribe copias en una máquina y, también, los recibos mensuales de tres Asociaciones.

—¿Y quién prepara el desayuno y la comida? ¿Quién hace las compras?

—Yo...



—¿Y quién limpia y arregla la habitación?

—Yo . . . La ropa la cuida una vecina. Mi abuelo le paga mensualmente por ese trabajo.

—Eres un muchacho valeroso, muy valeroso, Eduardo —dijo el maestro, que se le había acercado para estrecharle las manos efusivamente—. Tú irás a la excursión, y ese día no le faltarán cuidados y compañía a tu abuelo. ¡Estoy seguro!

Quedó la clase en silencio por un rato. Algunos chicos sentían apretada la garganta.

Al sentarse Eduardo, oyó que su compañero de banco le decía:

—¿Quieres que te vaya a visitar el domingo?

—Bueno . . .

Y sucedió lo que era de esperar. Los compañeros de Eduardo cesaron de hacerlo objeto de sus burlas; se le acercaron como buenos camaradas y lo animaron a tomar parte en sus juegos, hasta que, por fin, lo vieron reír y proponer una que otra iniciativa.

El día anterior a la excursión, una señora, acompañada de un niño, llamó a la habitación que el abuelo de Eduardo ocupaba en una casa de vecindad. Era la madre de Héctor, el compañero que más se había burlado del pobre tímido. La señora acompañaba a su hijo deseosa, como éste, de demostrar su simpatía a Eduardo.

Con la llaneza afectuosa de la gente sencilla, la señora dijo al abuelo:

—No podemos conformarnos con que Eduardo deje de ir mañana a la excursión que harán sus compañeros.

—También yo deseo que vaya —respondió el abuelo—. ¡Quedaré tan contento si él se divierte...! ¡Lo merece tanto! ¡Nunca ha hecho un paseo largo!

—¡No abuelito! ¡No te dejo solo! No podría divertirme.

—Pues he venido —prosiguió la señora— a proponer a usted que nos permita a mí y a mi hijo Héctor, quedarnos ese día aquí para hacerle compañía y cuidarlo.

—¡Gracias, señora! Pero no puedo permitir que su hijo se prive por mí de un paseo. Mi nieto tampoco lo permitiría.

—Entonces... irá Héctor al paseo; pero vendrá conmigo otro de mis hijos, el mayorcito, y le acompañaremos a usted. ¿Acepta, señor? Su nieto podrá ir con sus compañeros contento y despreocupado.

El abuelo vió que Eduardo le miraba con ojos llenos de esperanza, de ilusión, y...

¡aceptó!



Un viejo veneno



HACE muchos siglos que la humanidad siente los efectos de un viejo veneno: el alcohol. Su uso y abuso perjudica a todo el organismo. El estómago se resiente; el aparato respiratorio, el corazón y los riñones, sufren alteraciones graves; el cerebro se nubla poco a poco y llega a oscurecerse por completo. Un médico eminente ha dicho con razón: "El alcoholismo crea la vejez prematura."

Hace un trabajo lento y cruel en el cuerpo del hombre, y de tal manera lo debilita y desgasta que el bebedor es presa fácil de enfermedades tan terribles como la tuberculosis y la locura. Esta última suele ser la meta, el punto final de la vida de un ebrio. Por otra parte, su aniquilamiento moral corre paralelo a su decadencia física. El delito y el crimen abren camino ante sus pies y la cárcel suele ser su albergue habitual. Su hogar se deshace, su esposa y sus hijos ven llegar el hambre acorralados por la vergüenza que representa en la sociedad humana ese ser degradado y sin voluntad.

No acaba allí su obra nefasta. La ley de la herencia trasmite a sus descendientes hasta la tercera generación su influencia maldita.

El famoso estadista inglés Gladstone resumió el peligro del alcohol en este pensamiento:

“El alcohol en nuestros días, hace más estragos que las tres plagas históricas: el hambre, la peste y la guerra. Diezma más que el hambre y la peste, mata más que la guerra y hace más que matar: deshonra.”

La tapera



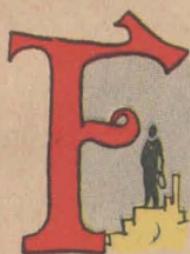
EN una hondonada
Está la tapera
Calva de totoras,
Llena de silencios.
Cuero desgarrado
Le cubre la puerta,
Y por la ventana
La noche se adentra.
Nido de murciélagos,
De lechuzas quietas . . .
Junto al pozo seco
Las ánimas penan,
Le ladran los perros
A una quimera,
Y los fuegos fatuos
Alumbran el cuero
Que finge una puerta.

Como un centinela
El tala se queda
Viendo las auroras

Y las noches negras,
Dejando que pasen,
Guardando el silencio
De aquella tapera.
El tala diría
Si hablarnos pudiera:
—Fué su dueño un gaucho
De los que no quedan,
Le llegó la mala
Como a otro cualquiera,
Lo barrió la vida . . .
¡Esta es su tapera!
¿Que se oyen guitarras
Y quejas en ella?
¡Deje que lo digan,
Y más . . . que lo crean!
Era un gaucho recio
De los que no quedan.
Lo barrió la vida
Como a otro cualquiera.
¡Y el rancho florido
Se volvió tapera!



Homenaje a un prócer civil



FUÉ en un magnífico mediodía del mes de septiembre. El sol parecía haber decretado que no hubiese nubes en las alturas ni brumas en el aire, para que la claridad de su luz y la limpidez del cielo fuesen las galas naturales de la ciudad de Buenos Aires en la hora justiciera de rendir homenaje a Rivadavia.

Un enorme edificio en construcción levantaba su tirantería geométrica en el cruce de las calles Callao y Vicente López.

En altos andamios, a lo largo de travesaños metálicos trabajaba un centenar de hombres. Oíanse martilleos, voces de alerta, vibraciones de hierro . . . Allá abajo, las calles se angostaban como caminos vistos desde una cima. Arriba, el espacio abierto, el cielo muy hondo y muy puro.

De pronto, negreó en la avenida Callao una muchedumbre en avance. Disminuyó el martilleo, algún balde descendió con premura excesiva, y las voces callaron.

Acercábase la enorme columna cívica que acompañó las cenizas de Rivadavia desde el mausoleo de la Recoleta hasta la cripta del monumento levantado al prócer en la Plaza del Once. Sobre una cureña destacábase la urna cineraria cubierta de laureles y velada por la bandera nacional.

Como uno solo, los cien obreros impulsados por el mismo sentimiento solidario, suspendieron su tarea y, sombrero en mano, dieron frente a la calle Callao. Uno de ellos puso en movimiento la sierra y el son estridente de la improvisada sirena extendió sobre el silencio su grito de trabajo. Así permanecieron hasta que los colores de la enseña patria se dibujaron a la distancia.

Con la gloria de ese homenaje espontáneo, los obreros de Buenos Aires honraron al hombre que se adelantó un siglo a su época y a quien la Historia, en acto de justicia, proclamaba ese día certamente "el más grande hombre civil de la Argentina."



A medias...

DON Zoilo andaba sin trabajo después de quince años largos de faena pesada. Arriero en Mendoza, vendimiador en La Rioja, tropero en San Luis, capataz en La Pampa, y al fin domador en cualquier parte. Conocida era su astucia y su habilidad en la doma; se mentaba con elogios, desde tiempo atrás, en las pulperías.

Sabíase que el dueño de "La Federala", estancia bien poblada, tenía siete potros indomables al parecer y, tan mañeros, que habían revolcado a lo más florido de la peonada. Prometió tentadora recompensa sin resultado alguno y ya empezaba la leyenda campera a envolver al diablo en el asunto de los animales ariscos. ¿Quién se les atrevería?

El pulpero, viendo la pobreza del paisano lo interrogó:

—¿Anda libre, don . . . ? ¿No se anima a amansar la tropilla de "La Federala"?

—No conozco a nadie de allá . . .

—Yo lo recomendaré . . .

La codicia manchó su buen propósito porque, haciéndole un guiño, propuso . . .



—... si vamos a medias en lo que logre.

—Está bien, señor.

Al llegar a presencia del capataz, tuvo otra sorpresa:

—El patrón ya no tiene interés. Pero... puedo influir. Lo haré siempre que...

Y le hizo la misma propuesta del pulpero.

—Está bien, señor —volvió a decir don Zoilo.

En una verdadera fiesta de bravura y tesón que duró cuatro días, hizo desfilar a los siete potros vendidos entre los aplausos de los peones y las felicitaciones del dueño, quien se preparó a cumplir su promesa delante de todos, echando mano a la billetera.

Los dos interesados prestaban vivísima atención. Don Zoilo detuvo su gesto:

—No me dé plata, patrón. Deme cincuenta rebencazos. Los cobrarán por mí, el pulpero y el capataz que están esperando, cada uno, la mitad de mi paga...

Largas carcajadas festejaron al ocurrente y abochornaron a los dos codiciosos.

Aquel rasgo le granjeó la confianza plena del patrón.

Hoy es don Zoilo una autoridad en "La Federala".





Tejado de

Fichado
867

(CUENTO)

EL CONSEJO DEL SABIO



ERA un viejo muy sabio aquél que había construído su choza en el Valle de la Experiencia.

Desde lejos llegábanse hasta él las personas en busca de consejos. Las respuestas del anciano, siempre muy breves, dejaban a todos sorprendidos.

Cierta vez bajaron al Valle de la Experiencia los dos hijos del rey. Deseaban saber qué les aconsejaría el sabio para lograr la felicidad. El menor, llamado Fidel, fué el primero en pedir consejo. Sin titubear, el anciano contestó

—Cuida tu tejado . . .

El mayor de los príncipes, a quien llamaban Antiluz, se rió al ver el desconcierto de su hermano ante semejante consejo y, seguro de obtener mejor respuesta, preguntó zalameramente:

—¿Qué puedo hacer, hombre sabio, para lograr la felicidad?

El anciano levantó la mirada y contestó con mayor convencimiento aún:

—Cuida tu tejado . . .

Los dos príncipes se marcharon perplejos. Fuéronse a los jardines del palacio real y se treparon al árbol más alto para ver, desde allí, los tejados. Entonces se les ocurrió pensar que siempre habían vivido bajo



los tejados del palacio de su padre. Y decidieron construir, en medio de los jardines, dos pabellones, uno para cada uno.

—¿De qué cubrirás tu tejado?— preguntó Antiluz a Fidel.

—De flores. Y tú ¿de qué lo harás?

—De vidrio. Así podré vigilarlo sin salir de las habitaciones y nadie se acercará a él por temor de quebrarlo y lastimarse. Al tuyo se acercarán los que gus-

tan llevarse las flores sin cultivarlas: las hormigas, los abejorros . . . ¡Trabajo te dará cuidarlo!

—Pues no cejo: lo haré de flores.

—Y yo de vidrio.

LA ELECCIÓN DEL PUEBLO

Tal como lo pronosticó Antiluz su tejado se mantuvo limpio y libre de importunos, gracias a los servidores encargados de cuidarlo. En cambio el tejado de Fidel reclamaba muchos afanes. Más de una vez el príncipe tuvo el pesar de ver que las flores sembradas no prosperaban; pero su alegría era mucha cuando las corolas se abrían lozanas y atraían a las mariposas y las abejas.

El príncipe Fidel se propuso plantar nuevas flores siempre que estuviera contento de sí mismo por haber sido valiente, benigno, justiciero o laborioso. Y aconteció que, al cabo de un tiempo, no sabía si plantaba flores porque era bueno o si era bueno porque plantaba flores. Lo cierto es que la fama de su bondad se extendió por todo el reino.

En tanto, Antiluz, contento con la transparencia de su tejado, que ningún trabajo le daba, pues su cuidado estaba encomendado a los servidores, concluyó por olvidarse de todo lo que no fueran diversiones.



No es de extrañar que, al cabo de un tiempo, todos murmurasen de Antiluz, y lo acusaron de perezoso, ignorante, inútil y egoísta.

Murió el rey. Los súbditos más resueltos creyeron que Antiluz no debía gobernar el reino, no obstante ser el primogénito. Todos pusieron sus miras en Fidel. Pero no faltaron revoltosos que aprovecharon la agitación del pueblo, entraron en los jardines del palacio y, arrojaron piedras a las ventanas y a los tejados.

Antiluz, al ver caer en mil pedazos su frágil tejado, saltaba de un lado a otro en busca de resguardo.

También los revoltosos arrojaron piedras sobre el tejado de Fidel; pero, por el boquete que abrieron, cayó una lluvia de flores a los pies del príncipe, en el momento que una delegación del pueblo llamaba a su puerta.

—¡Queremos que tú nos gobiernes porque eres justo, bondadoso e instruído! —exclamaron hombres y mujeres.

Una madre que llevaba en brazos un hermoso chiquillo, le dijo:

—En nombre de las madres, te pido que seas tú quien reemplace al viejo y amado rey.

Al ver Fidel que todos reclamaban su protección, pronunció estas palabras que fueron recibidas como un juramento:

—¡Prometo cumplir los deseos del pueblo que es y debe ser el verdadero soberano!



